Es propiedad de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Librerias de Jordan, Rios, Perez y Cuesta.

NUESTRA SEÑORA DE LOS ABISMOS

ó el castillo de Villemeuse.

Drama en cuatro actos y un prólogo, traducido del francés por D. Cipriano Lopez-Salgado, *representado por primera vez en Madrid en el teatro de Variedades en el año de* 1847.

A mi apreciable amiga,

doña Carmen Fernandez de Mojon.

U original digno de vos, y no una mala traduc-ion, os debiera dedicar; pero si á ello aguar-lára para manifestaros de esta manera mi afec-o, tarde seria, ó nunca tal vez: recibid, pues, eñora, este insignificante trabajo como prue-a del mas sincero y eterno agradecimiento le vuestro verdadero amigo

El traductor.

PERSONAGES.

L Baronesa de Villemeuse.
Gbriela.
Ia.
E doctor Andres.
E Baron de Villemeuse.
E Conde de Star.
Aturo.
Roul.
Cas.
Cuebert.
Ucriado.
Cados, aldeanos.

PROLOGO.

alon elegante, al estilo de Luis XV. Puerta al fondo: izquierda del espectador, la cámara de la baronesa; á la derecha, el gabinete de Raoul.

ESCENA I.

Luc. (*rodeado de muchos criados ocupados en arreglar los muebles.*) Esta buena señorita Gabriela debe estar estenuada de fatiga. Hace diez dias que está ocupada en prodigar cuidados á la señora baronesa de Villemeuse, su hermana. (*toma un libro de encima de la mesa.*) Será el doctor el que ha olvidado este libro. (*le abre.*) «La fiebre cerebral puede tener por causa una gran fatiga, algun trabajo superior á las fuerzas del individuo.» Pues yo estoy muy fatigado hace algunos dias. «Síntomas de la enfermedad, cansancio general.» Esto es lo que yo esperimento. «Sueño profundo; bueno!» Yo quisiera estar siempre durmiendo. Voy á tener una fiebre cerebral. Siempre que abro este libro de medicina... Yo consultaré al doctor Andrés esta mañana cuando venga, como de costumbre, á asegurarse de la salud del hijo de la señora baronesa. He ahí sus principales cuidados. (*á los criados.*) No haria otro tanto por vosotros.

Un cria. (*á Lucas.*) Ni por vos.

Luc. Venir á visitar todas las mañanas á un niño, que vive por milagro! Monseñor el almirante ha exigido que durante su ausencia el doctor haga cada dia esta visita. (*echa café en una taza y se sienta en un sillon.*) Despues de esto nada tenemos que decir, no es verdad?

39

EL CRIA. No, señor Lucas.

LUC. Ese niño será un dia duque de Villemeuse. El hermano del señor baron, el viejo duque de Villemeuse, que tiene una hija, ha establecido que á su muerte, sus bienes, que son inmensos, sin el título de duque, la propiedad del magnífico castillo de Villemeuse y los inmensos bosques de que está rodeado, pase á su sobrino, con la condicion, segun dicen, demasiado suave, á fé mia, que ha de desposar á la señorita Luisa su hija. Y ese sobrino está en ese gabinete. Yo conozco que se le debe conservar.

CRIA. He aquí la señorita Gabriela.

ESCENA II.

LUCAS, GABRIELA.

GAB. El doctor Andrés ha venido?

LUC. Todavia no, señorita.

GAB. Estaré visible para él esta mañana.

LUC. Señorita, teneis necesidad de mis servicios?

GAB. No, amigo mio. (*vase Lucas.*)

ESCENA III.

GABRIELA (*sola.*)

El no sabe nada... nada sospecha... por eso hace muchos dias que no ha entrado en la cámara de mi hermana. Si llegára á sospechar?.. Pero está bien lejos!.. Sin embargo, mi hermana se restablece tan lentamente. Esto me inquieta. Si el doctor pudiera verla!.. Pero ella no quiere ni aun que yo le diga que está enferma. Tal vez hace bien: si, hace muy bien. Este caro doctor! Apenas llega, viene como de costumbre á hablarme de sus proyectos para lo venidero que escucho con tanto placer, y con tan poca esperanza. Me ama tanto, segun dice. Prudencia; mi hermana sospecha ya su amor hácia mi. Si ella supiera que él me habia ofrecido su mano... Un médico pretender una alianza con la noble familia de Villemeuse! Quisieran mejor que pasase mi vida en un convento, suerte destinada á las hijas segundas de las grandes casas. Oh! el convento! Eso es la desesperacion, y la tumba. El doctor Andrés no es rico, pero es tan dedicado á su arte, tan laborioso... y ademas yo le amo. El otro dia me decia: «tengo alguna esperanza; cuento con el favor de un hombre poderoso á quien he prestado un servicio grande en otro tiempo.» Oh! entonces... pero no es mi hermana quien me llama? (*presta atencion y da algunos pasos hácia la cámara de su hermana.*) Desde aquí se puede oir?.. yo no lo habia advertido.

LUC. (*anunciando.*) El doctor Andrés! (*vase.*)

GAB. (*ap.*) Observemos.

ESCENA IV.

EL DOCTOR, GABRIELA.

DOC. Os turba mi presencia, señora?

GAB. Vuestra presencia, doctor! Cuando hace dos semanas que no os he visto!

DOC. Parece que os hallais prevenida... me esperabais hoy?

GAB. Se os espera siempre.

DOC. Gracias por tan buenas palabras. Quisiera solamente que fuesen acompañadas de una sonrisa menos triste. Pero no debo olvidar que estais en casa de vuestra hermana. Hace diez dias sobre todo...

GAB. Qué quereis decir?

DOC. Que en premio de tantos cuidados, de tantas penas, vos no recibis de ella, estoy seguro, mas que palabras frias, humillantes.

GAB. No acuseis esa arrogancia y esa vanidad que son hijas solamente de su educacion y de sus preocupaciones. Vos sabeis ademas cuanta razon tengo en respetar su autoridad. Ella es la primogénita, representa á mi madre, que al morir, me mandó que la amára como la amaba á ella. Tiene su mismo rostro, yo creo ver en ella á mi madre, y la amo, doctor, porque creo que esta afeccion puede serme útil.

DOC. Acabais de probar que vuestro cariño hácia ella no tiene límites; no ignoraba yo eso, pero creo que ella no corresponde á tanto amor, á tantos sacrificios. Creedme; su carácter es altivo, es desdeñoso para todo lo que no pertenezca á la nobleza. No querer que yo la suministre mis cuidados! porque está enferma, lo sé.

GAB. Cómo, lo sabeis?

DOC. Creeis que yo no sé cuanto pasa aquí?

GAB. (*ap.*) Oh! Dios mio!

DOC. Vengo todas las mañanas, y en muchos dias no he visto ni á la señora baronesa, ni á vos siempre encerrada con ella en su cuarto...

GAB. Ah! si... una ligera indisposicion... (*ap.*) Nada sabe.

DOC. Ella se avergonzaria de mis servicios, porque yo no soy médico de la corte, un médico de la academia real de medicina, porque no soy mas que un oscuro médico, dependiente del hospicio de *los niños espósitos*; porque no soy mas que un médico del pueblo, un filósofo. Es injusta la señora baronesa; porque yo me engaño tan frecuentemente como un médico ilustre.

GAB. Vos no amais la nobleza, doctor.

DOC. Yo!.. convengo; tengo ciertamente ideas sobre la pretendida igualdad de las condiciones; pero no aborrezco á nadie. Amo, por ejemplo, al señor baron de Villemense, el esposo de vuestra hermana, valiente y tosco almirante, que no ha creido deshonrarse escogiéndome para médico de su hijo Raoul; y que hace dos años me hubiera de buena gana llevado como cirujano mayor á santo Domingo donde debe hallarse en este momento con su escuadra, si yo hubiera tenido valor para alejarme de vos.

GAB. Si mi hermana os oyera?..

DOC. Ah! si; olvidaba que es necesario disimular como si tramáramos una mala accion, como si nos abandonáramos á una inclinacion vituperable. Oh! la pobreza da á los mejores sentimientos el carácter de una falta, de un crimen.

GAB. Amigo mio!

DOC. Llamadme vuestro amigo; tengo necesidad de un momento de calma, antes de entrar en ese gabinete donde reposa el niño confiado á mis cuidados, el alto y poderoso señor Raoul de Villemeuse; un niño de dos años apenas, y que

ha sido al nacer duque hereditario de grandes casas. Ah: decidme, qué méritos ha hecho para ello? La casualidad lo ha hecho todo. Cuando corregirán esta casualidad? Los filósofos dicen: pronto. El dolor, que se ha cansado de esperar dice: jamás!

GAB. Cada dia parece que se acrecienta vuestro desaliento.

DOC. Es que cada dia el amor que siento por vos toma mas imperio sobre mi existencia. Antes de veros, creia que todos los goces de un jóven pobre y oscuro estaban encerrados en los libros. Filosofia, politica, poesia, todo lo devoraba en mis noches de insomnio. Un dia, que mi servicio me llamaba aqui, vos os paseabais por el jardin con vuestra hermana. Os vi. Aquel momento no se separará jamas de mi memoria. El sol era apacible y el viento jugaba con vuestra banda de religiosa. Yo no sabia lo que deciais á vuestra hermana, pero os vi levantar los ojos al cielo anegados en lágrimas. Al volver á mi casa, cerré todos mis libros, apagué mi lámpara de trabajo; ya no me era posible estudiar mas, porque mi corazon amaba. Este amor no era al principio mas que un ardor inquieto, un sentimiento comun á la juventud; ha crecido, se ha acendrado; hoy es mi pensamiento, mi ambicion, mi vida.

GAB. Dudais vos del mio?

DOC. Dudar? Esa es la sola desventura que no me alcanzará jamás. Creo tan ciegamente en vuestro amor, que estoy seguro, Gabriela, que si yo os digera que dejaseis este ostentoso palacio, á vuestra hermana, á quien amais tanto, para seguirme...

GAB. Yo? Antes que vuestro nombre es el mio....

DOC. No! Me seguiriais. Conozco la firmeza de vuestro carácter, pero confio en que vuestro corazon me pertenece, y porque lo creo asi, quiero que seais mia legalmente, que vengais conmigo, Gabriela, como la belleza vá con el placer. Pero hijo de la clase oscura, nacido del pueblo, sin blason que poner al lado del vuestro, debajo de una corona ducal, debo al menos, al ser vuestro esposo, ofreceros la nobleza de las gentes honradas: la dignidad de los placeres del alma. Y yo no la tengo aun! La tendré algun dia?

GAB. (*soltando vivamente su mano.*) Alguien llega!

DOC. (*al doctor.*) Esta carta para vos. (*vase.*)

DOC. De la Ensenada! Esta letra no me es desconocida. (*la abre.*)

GAB. Qué teneis?

DOC. Gabriela! Ya soy rico, muy rico... Tengo... Voy á tener doscientos mil francos. Esa persona de quien os he hablado tantas veces, y á la que he prestado un servicio importante... (*ap.*) A qué precio, Dios mio!

GAB. Y bien?

DOC. Me trae doscientos mil francos... Vá á llegar... Asi, Gabriela, hoy podeis ser mi esposa. Nos casaremos cuando querais! Oh! Yo estoy loco de placer. Escelente corazon el del baron de Villemeuse!

GAB. Qué decis? Qué nombre habeis pronunciado?

DOC. Pero, si, es el baron de Villemeuse el que.. En recompensa de mis asiduos cuidados por su hijo, me trae doscientos mil francos.

GAB. Es él quien os escribe desde la Ensenada?

DOC. A donde acaba de llegar.

GAB. El señor baron de Villemeuse está en la Ensenada?

DOC. Y llegará aqui en esta mañana, á las diez, dentro de algunos instantes.

GAB. Oh! Dios mio! Doctor... Doctor!... Nada... (*vase.*)

ESCENA V.

EL DOCTOR *solo.*

En que turbacion la ha puesto el placer de llevar tan buena nueva á su hermana. Yo tambien he sentido una agitacion profunda, pero no nacida solo del placer. Esta fortuna que me traen, cómo la he adquirido? Cómo?... Puedo dudarlo cuando tengo la causa aqui, en mis manos? (*saca una cartera del pecho.*) He aqui la promesa, el empeño del señor baron de Villemeuse. Hace ya dos años! En este mismo salon, los mismos personages; la señora baronesa estaba tambien en esa cámara. Yo estaba aqui como ahora. Pero acababa de asistir á un nacimiento. Mi tarea habia concluido: al viejo baron de Villemeuse le habia nacido un hijo, en el que veia su primero y último heredero. Yo me retiré, un criado me llevó este billete escrito con lapiz. «El niño que acaba de «nacer, acaba de morir. Si vos quereis, doc«tor, esta triste pérdida será inmediatamente «reparada. Mi esposa está profundamente dor«mida, y yo estoy solo con ella en su cuarto. «Vos me habeis hablado de los niños que de«positan cada noche en el hospicio vecino, «del que sois médico. Y bien, que uno de esos «niños reemplace al que acaba de morir. Dos«cientos mil francos, para vos, doctor, si que«reis consentir en hacer esta sostitucion. Dos«cientos mil francos que me obligo á daros «dentro de dos años, si guardais el secreto. «Contad con mi exactitud, yo cuento con vues«tro honor.» Yo seré rico, y podré ser esposo de Gabriela. Esta idea me enloqueció, estinguió el grito de la probidad, enervó mi razon. Yo no veia mas que á Gabriela, y cedí: el baron de Villemeuse tuvo un heredero. Pero despues de este momento, hace dos años que mi conciencia se halla siempre agitada. Si, he hecho mal en haber introducido fraudulentamente un ser estraño en una familia á la que él despojará tal vez hoy de sus riquezas; si, he hecho mal, muy mal en haber dado á la sociedad un señor mas, un gentilhombre, un duque de Villemense, cuando los dos últimos de este nombre se habian estinguido. (*pausa.*) Si habré yo hecho un bien sin embargo? El niño que he puesto en lugar del que murió al nacer, será bueno tal vez? Y ser bueno y rico!... Y, ademas, rehusar este oro, era condenar á Gabriela á entrar en un convento y quedar en él toda su vida. No! Será libre, será mi esposa, lo será mañana en cuanto yo sea rico. Vamos! Vamos! demos tréguas á funestos presentimientos; que este dia sea todo entero para los placeres. (*saca el re-*

ló, le mira y llama: sale Lucas.) Marcho á esperar al señor baron de Villemeuse.

LUC. Monseñor, el baron está en París? Es imposible!

DOC. Llega á las diez, son las diez menos cuarto. Quiero ser el primero que le salude. A Dios. Volveré con él. (*vase.*)

LUC. (*solo.*) Monseñor el baron aquí! Cuanto placer para toda su casa!

ESCENA VI.

LUCAS, GABRIELA *y la* BARONESA *de* VILLEMEUSE.

GAB. (*á Lucas.*) Déjanos. (*vase Lucas.*)

BAR. Vá á venir! Estará aqui dentro de un instante... Esta vuelta repentina, sin que ni una palabra suya me haya prevenido... Lo sabe todo sin duda. En qué parará todo esto? Qué hacer? Aconséjame!

GAB. Yo no sé.

BAR. Marcharme?... No hay tiempo. Y huir, es confesarlo todo. Es preciso que me quede. Pero quedarme! Ah! Es imposible, porque me siento peor!..

GAB. Tú no puedes esperar aqui. El desórden de tus pensamientos, tu palidez, te venderian. Volvamos á tu cámara.

BAR. Ya viene... No oyes pasos?.. Es él. Ya es tarde!

GAB. Quedate pues... Pero con valor... Yo entraré ahí. (*señalando la habitacion de la baronesa.*) Yo velaré por él.

BAR. Oh! Sálvame! Sálvame!

GAB. Todo lo haré por salvarte, hermana mia. (*entra en la cámara de la baronesa.*)

ESCENA VII.

EL BARON, *la* BARONESA, *los criados,* LUCAS. *Los criados se colocan en dos filas.*

LUC. (*anunciando.*) Monseñor el almirante, baron de Villemeuse. (*la baronesa se queda delante de la escena.*)

BARON. (*al doctor, en el fondo del teatro.*) Y Raoul?

DOC. (*señalando el gabinete de la derecha del espectador.*) Monseñor, el baron está en ese gabinete.

BARON. Entrad, yo iré á buscaros dentro de un instante.

(El doctor entra en el gabinete y se cierra. El baron hace seña á los criados para que se vayan; despues se acerca á la baronesa, la toma por la mano, y la conduce á un sillon. Dice aparte conduciéndola.)

Qué mudada está! Qué palidez, qué temblor! (La hace sentar y se sienta despues él. Silencio prolongado.)

BAR. Habeis hecho una feliz travesía?

BARON. Escelente, señora baronesa; muy pronto sobre todo, demasiado pronto quizá.

BAR. No para nuestros deseos, señor baron.

BARON. No lo dudo. El rey me ha mandado venir de América para darle cuenta de mi comision. Yo me he apresurado á obedecer sus órdenes. Tal vez me recibirá esta mañana en audiencia solemne. Reconociendo mis servicios se digna, acordando mi retiro, agraciarme con la presidencia del consejo del Almirantazgo. Este honor público me pertenece; pero mi mas vivo placer, es necesario decirlo, señora, es ver que mi honor privado no tiene nada que envidiar. He acabado con el servicio del Estado; me retiro á la dignidad doméstica. Ella me esperaba á mi vuelta. Yo estaba seguro de hallarla en mi casa. Vos me ofreceis su perfecta imágen. Continuad asi, señora, en sostener el honor de vuestros antepasados y los mios. (*con ironía.*)

BAR. Señor baron!..

BARON. (*que se acerca á la baronesa.*) Siento, señora, y con toda mi alma, que cierto joven oficial de la casa real, haya dejado la corte para volverse á la armada.

BAR. Un oficial de la casa real!

BARON. Yo me encargaria con gusto, al ir á la corte, de vuestros cumplimientos para él.

BAR. Señor baron!

BARON. Yo sé muy bien su nombre; qué habeis hecho vos del mio? Hablad!

BAR. Yo... qué!

BARON. Hace un año, ese oficial venia aqui todos los dias. Todo el mundo lo sabe: vuestros criados, vuestros parientes, vuestra misma hermana que ha salido del convento para ser testigo, sin duda, de vuestra admirable conducta. No he acabado. (*saca su espada y se dirige al cuarto de la baronesa.*) Señora, en este gabinete se halla Raoul, mi heredero, y yo no quiero otro. (*señalando al opuesto.*)

BAR. (*tratando de impedirle la entrada en su cuarto.*) Perdon! perdon, señor baron!

BARON. Ese niño tendria que llevar mi nombre y eso seria para mi una vergüenza, una deshonra. Nada de gracia!

GAB. (*saliendo del cuarto.*) Vos no le matareis, es mi hijo!

BARON. Qué veo! Gabriela!

GAB. Si; yo soy la culpable; es mi hijo, monseñor.

BARON. Vos?

GAB. Ese oficial de la casa real... yo le amaba. Yo soy la madre de ese niño.

DOC. (*saliendo del gabinete donde está Raoul.*) Qué habeis dicho?

GAB. Cielos! él estaba ahí!

DOC. Oh! eso no es cierto... no! Jugar hasta ese punto con mi amor! Es imposible! Eso es falso.

BARON. Responded á esa repulsa.

GAB. (*ap.*) Yo me siento morir!

BAR. (*ap.*) Ah! vá á retractarse delante del que ama. Este es el momento de mi vida ó de mi muerte!

DOC. Pero, hablad! hablad! yo os lo suplico.

GAB. He dicho la verdad.

BARON. (*despues de un largo silencio.*) La ofensa ha sido pública, que la reparacion lo sea. Quereis hacerme el honor de acompañarme á la corte? (*la ofrece la mano á la baronesa.*)

DOC. Gabriela!

GAB. (*cayendo de rodillas.*) Gabriela no será jamás vuestra esposa!

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

La escena pasa en París, diez y siete años despues

del prólogo, en un salon de la casa de sanidad del doctor Andrés. Puerta en el foro, una á la derecha, otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR, LUCAS.

Doc. Perdon, señor, pero vuestra propiedad de Villemeuse es un mundo; ayer aun los obreros, trabajando en el tercer piso, han descubierto, al fin de la galeria, una sala cuya puerta habia sido tapiada en otro tiempo. Está colocada justamente al nivel de las habitaciones de la torre ducal, donde solo vos, que guardais la llave, penetra alguna vez... Es necesario registrarlas, porque jamás persona alguna vá á esa torre...

Doc. Lucas, en otro tiempo estuvisteis al servicio del baron de Villemeuse, y teniais derecho de ser curioso. Esa es la cualidad de todos los criados de los grandes señores. Hoy dia no hay grandes señores en Francia, por consiguiente no debe haber aqui criados curiosos. No lo olvideis.

Luc. No, señor; pero qué harán los obreros que han descubierto esa habitacion?

Doc. Lo que quieran. Por última vez, te digo que yo no soy duque, sino un simple y oscuro mayordomo de Villemeuse. Déjame, y ve á decir á la señorita Julia que venga.

Luc. (*ap.*) Siempre que está encolerizado, hace llamar á la señorita Julia, y se disipa su mal humor. Este castillo tiene el privilegio de ponerle siempre de mal humor. (*vase.*)

Doc. (*solo.*) Se diria que reciben un placer en importunarme sin cesar en este castillo. Porque me agrada ir solo con Julia á las habitaciones de la torre ducal, porque no quiero que ninguno penetre alli, y guardo las llaves, eso excita la curiosidad de los que me rodean. Ellos quisieran saber... Si supieran el porqué! Ah! mil veces estoy tentado de acabar con la vida... Pero esperemos aun algun tiempo.

ESCENA II.

EL DOCTOR, JULIA.

Doc. Casualmente venia aquí cuando he hallado á Lucas.

Jul. Mi querida Julia, entrais mañana, es decir, antes de una hora en los diez y ocho años. No quiero dejar pasar este feliz aniversario sin celebrarle con un recuerdo agradable para vos. Elegid, y decidme lo que deseais mas en este momento. Lo tendreis; no se os esceptua nada.

Jul. Querido doctor, me dais constantemente todo lo que apenas tengo tiempo de desear. He querido conocer la música, y el ilustre Garat me ha enseñado el canto. He querido despues aprender la pintura, y al momento vuestro amigo, el célebre David, fué mi maestro. No pidpeis á nadie mas que á vos, doctor, si en este momento no sé que pediros.

Doc. Luego sois feliz, Julia?

Jul. Tanto como puedo serlo en tiempos agitados, en que apenas hay quien no llore la pérdida de algun pariente querido, arrastrado por la revolucion.

Doc. Pero, veamos, qué deseais?

Jul. Y bien, querido doctor, deseo que esteis mas alegre, que desecheis esa meditacion, esa tristeza.

Doc. Pero yo no estoy meditabundo, no estoy triste. Un médico tiene sus preocupaciones.

Jul. Permaneceis horas enteras sin hablar; suspirais, llorais algunas veces... no sufris?

Doc. Yo?.. Oh! no... Sufrir! Qué pensarian mis enfermos?.. Yo deseo solo que vos deseis...

Jul. Pues que lo quereis absolutamente... Se dá esta noche en la ópera un gran baile, una fiesta nacional en honor de los vencedores de la armada del Rhin.

Doc. Si...

Jul. Permitidme ir á ese baile.

Doc. Y quién os acompañará?

Jul. Vos.

Doc. Yo? Sabeis, hija, que hace dos años que estoy privado de toda distraccion ruidosa, que me he alejado del mundo. Pero no por eso dejareis de ir á ese baile. La escelente señora Duverger, me reemplazará.

Jul. Es necesario sin embargo un hombre: dos mugeres solas...

Doc. Teneis razon; á quién elegiremos?

Jul. Vuestro discípulo favorito.

Doc. Arturo?

Jul. Si vos lo consentis.

Doc. Arturo posee mi amistad, mi confianza, mi estimacion.

Jul. Y la mia tambien.

Doc. Voy á hacerle prevenir; no hay tiempo que perder; pronto será media noche.

Jul. Está prevenido.

Doc. Ah!.. luego estabais segura de que yo consentiria?

Jul. Ciertamente.

Doc. No hay mas que llamarle?

Jul. Si señor.

Doc. Muy bien. (*toca una campanilla y sale Lucas.*) Di al señor Arturo que venga, y á la señora Duverger que esté pronta para acompañar á la señorita Julia al baile. Que se ponga el coche. (*vase Lucas.*) Por eso estais tan graciosamente adornada esta noche? Yo creia que era por vuestro cumpleaños.

ESCENA III.

EL DOCTOR, JULIA, ARTURO.

Art. Me habeis mandado llamar, señor Andrés?

Doc. Venid, Arturo; ireis á acompañar al baile á la señora Duverger y á Julia.

Art. Os doy gracias, señor Andrés.

Doc. Escuchadme.

Jul. Escuchad bien, señor Arturo.

Doc. Subireis en mi coche; ireis primero á casa de la florista de la calle de la Ley, donde comprareis un ramo de flores para Julia. Aquí teneis veinte francos.

Art. Si, señor Andrés.

Doc. Y he aqui sesenta mas para vuestros asientos de galeria, porque no supondreis que os envio á ese baile para bailar.

Jul. Oh! caro doctor!.. no es bastante ir allí para admirar? Se dice que será tan bello, tan maravilloso!

DOC. (*apoyándose en los brazos de Julia y de Arturo.*) Me lo contareis todo cuando vengais, no es verdad?

JUL. Todo.

DOC. Marchad... Una palabra; venid antes del dia. A Dios.

JUL. A Dios. (*vanse Julia y Arturo.*)

ESCENA IV.

EL DOCTOR, *solo.*

Ellos no saben la parte que yo tomo en sus placeres. Divina juventud! La mia ha sido tan sombria, y ha pasado con tanta rapidez! (*llaman fuera.*) He tocado sin embargo la felicidad; una revolucion terrible, una palabra fulminante me ha descarriado. Pero han llamado, quién puede venir á esta hora?

ESCENA V.

EL DOCTOR, LUCAS.

LUC. La princesa de Neudorf, acompañada de dos caballeros, pide una habitacion. (*ap.*) He creido reconocer á esta señora... Oh! no, tal vez me habré engañado.

DOC. Y bien! Que se la dén. Es demasiado tarde para que yo vaya á recibirlos. Mañana por la mañana, les haré mi visita..

LUC. La señora desearia hablaros antes de mañana á pesar de las observaciones del mas anciano de los dos caballeros que la acompañan.

DOC. Pues decidle que la espero aquí.

LUC. Un verdadero marqués del antiguo régimen, un personage como él no lo hay aqui desde el 89; creerá que es contra la etiqueta presentarse en trage de camino.

DOC. Conduce aqui á esa señora.

LUC. Voy, señor. Mas aqui la teneis.

ESCENA VI.

EL DOCTOR, LA BARONESA DE VILLEMEUSE.

DOC. (*ap.*) La baronesa de Villemeuse! Acallemos mi indignacion...

BAR. (*ap.*) Estoy por fin en su presencia. (*alto.*) Me conoceis?

DOC. Si señora.

BAR. He entrado en vuestra casa, en vuestra casa de sanidad, con el jóven duque Raoul de Villemeuse, mi hijo, y el conde Star, gentil hombre italiano, primer Chambelan de su alteza el principe de Neudorf. (*el doctor hace una señal de inteligencia á la baronesa.*) El titulo de princesa de Neudorf, bajo el cual me he presentado en vuestra casa, no es aun el mio; lo será bien pronto. Viuda del señor baron de Villemeuse, seré esposa á mi vuelta á Viena, del principe de Neudorf. (*ap.*) Si, pero para eso es necesario que yo vea á Gabriela, y Gabriela debe estar aqui.

DOC. (*ap.*) Qué me querrá?

BAR. Os admirará semejante visita! La viuda del baron de Villemeuse en casa del fogoso revolucionario, en casa del hombre cuyos principios y acciones han sido en estos últimos tiempos el horror de la Europa entera; en una palabra, en casa del terrible demócrata Andrés.

DOC. Señora, el directorio sufre ya con bastante complacencia, y vos teneis la prueba, la presencia de los barones, de los condes, de los duques, y no teme poco á los terribles demócratas. Callad! cese vuestra admiracion, señora; es, segun creo, lo mejor que puede hacerse algunos años despues de una revolucion.

BAR. Debo confesarlo, no he venido á vuestra casa, sino despues de haber buscado todos los medios imaginables de evitaros esta importunidad; y á fin de abreviarla lo mas posible, he deseado veros ahora mismo.

DOC. Qué esperais de mi, señora?

BAR. La revolucion, puesto que es necesario nombrarla, la revolucion que lo ha destruido todo...

DOC. No todo.

BAR. Rompió en el 90 las puertas de los conventos, y las vírgenes que estaban encerradas en ellos fueron arrojadas con violencia. Mi hermana... os acordais de mi hermana?

DOC. Si, señora, y de vos tambien.

BAR. Qué ha sido de ella despues de su salida del convento? Desde el fondo de la Alemania he mandado hacer repetidas investigaciones pero todas han sido estériles, sin resultado aunque no he ahorrado ni el oro ni las diligencias.

DOC. Y quereis saber de mi?..

BAR. La suerte de Gabriela, sobre la cual nada ha podido darme noticias. Vos habeis tenido segun creo, algun interés, en vuestra juventud, por ella... He pensado...

DOC. Un dia, señora, yo tambien quise saber tambien yo quise conocer las causas de una desventura, que me habia herido el corazon.

BAR. (*ap.*) Qué dice?

DOC. Una desventura de la que vos fuisteis testigo. En el mismo instante en que vuestra hermana caia con la frente deshonrada, vos, señora, vos levantabais la vuestra para ir á la córte; yo negaba la realidad, negaba lo que acababa de oir. Salgo, escribo á Gabriela para desmentirla, para... Pero la carta fue estraviada, alguna otra persona la leyó. Se encerró á Gabriela en un cláustro, y á mi en la Bastilla. Alli permanecí diez años. Cuanto he sufrido! Mirad, señora, (*levanta sus cabellos blancos.*) He padecido durante esos diez años la mas estraña, la mas espantosa de las tortura En la Bastilla, esa horrible fortaleza donde vos me habeis hecho encerrar, habia nueve torres, negras prisiones fabricadas en aquella fortaleza, y cada una de aquellas torres encerraba en su seno maldito una mazmorra de piedra. Yo fui arrojado en una de esas mazmorras. Alli no habia luz, no habia espacio; mi frente, mis pies, mis brazos tocaban el muro; solo tenia bastante aire para no morir. Tapiado en aquella piedra, no oí desde entonces la voz del hombre, el paso del amigo, ni el canto del ave, ni el soplo del viento Aquel silencio asombra al principio, despues se apodera de vos, os rinde, os comprime absorviendo poco á poco vuestra inteligen

cia, os deja en su lugar la estúpida inercia de la piedra que os envuelve. Oh! el suplicio del silencio! El tiempo no marchaba para mí, nada me indicaba su curso, ni el sol radiante que se acuesta, ni la dulce estrella que se levanta. Para mi no habia primavera, no habia estio: diez años de una sola noche! Recogiendo entonces mi inteligencia sobre ella misma, como habia recogido mi cuerpo para que pudiese caber en mi atahud, me vi obligado á vivir con los recuerdos de lo pasado. Me recogí en mi oscuridad, y pasando mis dedos por mis largos cabellos, buscaba mis recuerdos. Pero las solas palabras que me vinieron á la memoria, las solas que me puse á repetir con una espantosa continuacion y el idiotismo de la soledad, fueron estas, y vos las conoceis, señora. «Doctor, Gabriela no será jamás vuestra esposa.» Ah! Me volví loco á fuerza de repetirlas... Y siento, que me volveré aun... Cada vez que lo pasado se presenta delante de mí, mi cerebro se oscurece, mis sienes palpitan, mis ojos se llenan de lágrimas, mi razon se pierde!.. Un dia aquel silencio fué roto; senti un ruido terrible en los corredores sombrios de la Bastilla. Acerqué el oido á las paredes de mi tumba, creí que Dios me llamaba á sí. Era Dios, señora, porque era la libertad!.. La fuerza de todo un pueblo sacudia, derribaba la Bastilla. Yo salgo, corro, vacilo: el sol, el aire, la libertad me ahogaban. Voy al convento de Gabriela. Las puertas habian sido quebrantadas. Qué era de Gabriela? Nadie habia allí que pudiera responderme. Un solo ruido dominaba todos los ruidos humanos: «A las armas! A las armas!» El crater de la revolucion se habia abierto. Me precipité en él. No me devoró, pero allí lo perdí todo. No he salido de él mas que con un inalterable recuerdo de Gabriela, que no me abandonará jamás. Es todo eso lo que quereis saber, señora?

B. Deseo saber solamente, y creo que os lo he dicho ya, qué ha sido de Gabriela despues de su salida del convento.

D. Lo ignoro, señora.

B. (*ap.*) Me he engañado pues, cuando les he creido secretamente casados.

D. Siento, señora, haber respondido tan poco á las esperanzas de vuestro viage.

B. Vamos! habrá sido inutil. Oh! qué no hubiera yo dado, señor, qué no daria por ver á mi hermana! (*ap.*) A qué otro medio recurrir ahora para obtener lo que yo hubiera alcanzado tan fácilmente por ella? (*alto.*) No me resta mas que solicitar de vos, la hospitalidad de una noche para mí, el señor conde de Star y mi hijo Raoul.

D. Señora, os está concedida á los tres.

(Toca una campanilla, y aparece Lucas, el doctor le hace la seña de tomar una bugia y acompañar á la Baronesa.)

B. (*solo.*) La señora de Villemeuse buscar á su hermana! Venir á Francia, donde tan pocos emigrados osan poner el pié! Entrar en mi casa! Qué quiere? Qué espera de Gabriela? He observado su semblante mientras hablaba. Toda su habilidad no ha sido suficiente para contener, para reprimir su indignacion y su horror. No me ha dicho si dejará pronto la Francia; yo quisiera que estubiese ya lejos de ella. Su presencia me inquieta, me irrita, me espanta. Se diria que me ha devuelto el terror de que yo la he llenado.

LUC. (*entrando.*) Señor... señor, (*ap.*) Que distraido está. (*alto.*) Apenas he salido, los dos caballeros que acompañan á esa señora, me han preguntado, porqué todo el cuartel estaba iluminado. Yo les he respondido que era porque se daba en la ópera una fiesta á los vencedores de la armada del Rhin. Creereis que han subido en la silla de postas para hacerse conducir á la ópera? Dos enfermos! (*ap.*) No ha oido una palabra de lo que acabo de decirle. Habrá sentido una de esas crisis que nos alarman tanto? Dios quiera que no!

DOC. Yo sabré pues lo que la ha traido!

LUC. Señor, no os acostareis hoy?

DOC. Ah! si, es tarde, en efecto, y tengo enfermos que ver mañana.

LUC. Señor, quereis decir esta mañana; pronto serán las cuatro.

DOC. Vamos, voy á reposar un instante. (*vuelve.*) Irás á dispertarme cuando Julia y Arturo hayan vuelto; oyes?

LUC. Si, señor. (*vase el doctor.*)

LUC. Será la presencia de la señora baronesa de Villemeuse la que le ha puesto de repente tan inquieto? Pero alguien sube, serán nuestros jóvenes?

ESCENA VII.

ARTURO *y* JULIA *muy agitados*, LUCAS.

ART. Por última vez os lo ruego; consolaos, señorita.

JUL. (*arrojando su ramillete sobre un sillon.*) El señor Andrés va á saberlo todo.

ART. No sabrá nada, calmaos.

JUL. Si vuestra disputa con ese jóven tubiese otras consecuencias? Si viniera aquí?

LUC. Una disputa!

ART. No vendrá. Por qué razon habia de venir? Ha querido jugarnos una insolente chanza; yo le he castigado en el momento. Os he arrebatado de sus brazos en medio del baile. La gente nos ha separado al momento.

LUC. Qué historia!.. Pero llaman á la reja... Veamos... Son ellos.

JUL. Quién?

LUC. Dos caballeros que han llegado aqui esta noche.

ART. Retirémonos. Pero creedme, señorita, desechad toda inquietud, todo temor. (*vase por una de las puertas laterales.*)

JUL. (*saliendo por la opuesta.*) Por qué habré yo ido al baile?

LUC. (*solo.*) No! jamás he visto partir á nadie mas alegre y volver mas triste. He aqui los dos estrangeros.

ESCENA VIII.

RAOUL, EL CONDE DE STAR, LUCAS.

CON. Nos desayunaremos al medio dia?

LUC. Con dos simples caldos.

CON. Qué dices? Una gallina asada, un pastel frio, vino de Burdeos, y despues veremos.

LUC. (*yéndose.*) Qué enfermos!

RAO. Buen principio, mi querido conde! Un baile, una intriga, una cena, y si es necesario un duelo!

CON. Moderaos. Vuestro baile, siento deciroslo, es un baile de grisetas; vuestra intriga una simpleza, vuestra cena... Se cena aun en Paris? Se come. En cuanto á vuestro duelo... ahora no le tendreis. Los de vuestro título y vuestro rango no se baten con un cualquiera. (*ap.*) Poco á poco! su vida me es tan querida como la mia, mas aun.

RAO. Teneis por costumbre despreciar lo pasado, querido conde; la jóven que ha sido causa de mi disputa con aquel especie de pasante de notario, es bella, hechicera, candorosa; dónde la hallaré?

CON. Hallareis mil.

RAO. Ninguna como ella. Pero qué singular aventura! Vi en un asiento de la primera galeria una jóven admirada de todo cuanto veia, sin duda por primera vez. Estaba sentada entre un jóven asombrado como ella, y una vieja guardiana que dormia á las mil maravillas.

CON. Regularmente, estando encargada de velar por la jóven.

RAO. El baile, sus luces y sus mil prodigios se reflejaban en aquellos hermosos ojos.

CON. Si hubieses visto los de la señorita Clairon!

RAO. En el baile, participando todos de mi admiracion, la designaban con el nombre de la linda jóven del ramillete. Nada de mas escogido y delicado que aquellas tres flores fijas en su cintura.

CON. He visto en efecto la graciosa sencillez de ese ramillete.

RAO. Me quedé estasiado delante de ella.

CON. Qué entusiasmo! Temedlo, ó acabareis por ser poeta. Siempre se empieza enamorándose.

RAO. Pardiez! me dijisteis; «nada mas facil que bailar un wals con esa jóven. Enviad á decir al que está con ella que lo esperan en la sala de descanso. Saldrá de su asiento, y vais en seguida á invitar á la jóven á bailar, diciéndola que su caballero ha hecho lo mismo. Asi despertareis su despecho, sus celos...

CON. No vayais á hacer una historia en cuatro volúmenes de un episodio que, en otro tiempo no nos hubiera ocupado un minuto en la corte de Luis XV.

RAO. Hice pues lo que vos me aconsejasteis, y despues de una vaga resistencia, la jóven descendió inocentemente al salon. Y henos ya llevados al son de la música, por un torbellino de bailadores. Yo la hablé de mil cosas, la dige...

CON. Todo lo que se puede decir á quien no se conoce.

RAO. Que la amaba!

CON. Pobre medio.

RAO. Que es adorable, divina!

CON. Eso es mucho mejor.

RAO. Y como no vi en ella mas que una aldeana, la dige que era indudablemente una persona de alta distincion.

CON. Bien.

RAO. Creereis que se quedó pensativa, y que me escuchó con una confianza asombrosa?

CON. Por qué no? Toda muger linda es condesa en un baile!

RAO. En fin, todo marchaba á placer, cuando el caballero chasqueado vino, y sin mas ceremonia me quitó del brazo á su bella. Lo demas lo sabeis ya, querido conde.

CON. Perfectamente; y la historia se acabó.

RAO. (*ap.*) Mi fortuna acabaria allí? Aprovecharse tan poco de tan bella ocasion!.. Yo no me consolaria jamás... Qué idea! (*se sienta en una mesa y escribe.*)

CON. Qué haceis? Escribiriais á la bella desconocida?

RAO. Olvidais, querido conde, que ignoro el parage que habita en este inmenso Paris?

CON. (*dando algunos pasos ve en un sillon el ramillete de Julia.*) Qué veo! el ramillete? Si, el que llevaba esa joven... habita sin duda en esta casa? El joven que la acompañaba estará tambien aquí? Prudencia, conde. (*arroja el ramillete detrás del sillon.*) Esto quiere decir que debo vigilarlo todo. Raoul es mi áncora de salvacion, el único medio que me queda para recobrar una parte de mi antiguo esplendor. El principe de Neudorf, débil y anciano, será pronto esclavo de la señora de Villemeuse, en cuanto sea su esposo; la señora de Villemeuse en todo lo que no toca á su ambicion, no hace mas que lo que quiere su hijo, y su hijo no tiene mas voluntad que la mia. Estoy muy convencido de ello. Asi le he enseñado á no pasarse sin mi, á dirigirse solo por mis consejos; y lo que es yo, le aconsejo bien, muy bien.

RAO. (*ap. levantándose.*) Esta nota á los periódicos. (*alto.*) Pero que nos decian en Viena? Que no habia diversiones en Paris, desde la revolucion. Esta es una mentira, que yo rechazo en mis apuntaciones de viage.

CON. Eso es una calumnia. El carnabal serio ha acabado, el jocoso empieza.

UN CRIADO. (*anunciando.*) La señora baronesa de Villemeuse.

CON. (*yendo á recibirla.*) Bien pronto princesa de Neudorf.

RAO. (*bajo al conde.*) Silencio, sobre la aventura del baile.

CON. Estad tranquilo.

ESCENA IX.

LA BARONESA DE VILLEMEUSE, RAOUL, EL CONDE DE STAR.

BAR. Ya levantados, señores!

CON. Tenemos que implorar vuestra clemencia.

BAR. Por qué crimen?

CON. Hemos ido al baile.

BAR. Estais locos.

CON. Lo estamos.

BAR. No os he encargado que no obreis con demasiada ligereza durante nuestra estancia en Paris? El gobierno del Directorio es suspicaz, vengativo. Las ventajas que acaban de conseguir en las fronteras del Rhin, no disminuyen las vivas inquietudes que le causa la armada de Italia, de la que no recibe nuevas hace algunos dias. Estamos en pais enemigo, no lo olvideis. Por qué no haber seguido mis consejos?

CON. Queriamos renovar las amistades con Paris, yo que le he habitado quince años dura

te sus mejores dias; vuestro hijo, que le ha dejado tan joven. (*besando la mano de la baronesa.*) Perdonadnos.

BAR. Nosotros no hemos venido á Paris, bien lo sabeis, mas que á negocios muy graves. Tengo necesidad, señor conde, de hablar con vos. (*ap.*) Si, estoy decidida á decirlo todo.

RAO. Me retiro.

ESCENA X.

EL CONDE DE STAR, LA BARONESA.

BAR. Tengo que hablaros confidencialmente de mi matrimonio con el principe de Neudorf. Sabeis que cuando quedé viuda, hace tres años, pensaba consagrar enteramente mi vida á mi hijo. Está en el interés de su porvenir el que yo aparezca nuevamente en la corte de Viena y vuelva á entablar mis relaciones. Entre los caballeros que se dignaron visitarme, el principe de Neudorf ha sido el mas constante. Bien pronto me ofreció su mano. Es verdad que, severo acerca de las alianzas, sobre cuestiones de etiqueta, me ha confesado con franqueza, que el titulo de duque que lleva mi hijo, y no los dos millones que yo me obligaba á llevar en dote, le determinaba á pasar por la gran desigualdad de nuestras dos noblezas.

CON. Yo no conocia el noble desinterés del principe; sabia solamente que si vos habiais hecho el viage de Francia, si habiais osado emprenderle á pesar de los peligros que habia en cruzar las fronteras de la Alemania, coronadas de tropas republicanas, era para venir á buscar los papeles que prueban que vuestro hijo es verdadero duque de Villemeuse...

BAR. Y que en el dia de mi matrimonio me he obligado á presentar al principe de Neudorf, ante el juez de armas y todo el capitulo de los nobles reunidos...

CON. Puesto que estamos por fin en Paris, apresurémonos á recogerlos y á volver á Alemania.

BAR. Es para eso, conde, para lo que yo reclamo toda la superioridad de vuestras luces.

CON. Hablad, señora...

BAR. Al venir á Francia, no ignoraba que estos papeles están en poder de un hombre peligroso, aunque sin embargo tiene por su desgracia en el Directorio un enemigo implacable; un enemigo politico, en fin.

CON. Decidme su nombre.

BAR. Estamos en su casa.

CON. Quereis que vaya á pedirselos, á exigirlos con amenazas? Ya sabeis que tengo medios...

BAR. Guardaos, conde. Se os dijo, que estos papeles, que acreditan el alto nacimiento de mi hijo Raoul, y sin los cuales mi matrimonio con el principe es imposible, están en poder del doctor Andrés; pero yo tenia, al venir á Paris, la firme certeza de hallar en su casa una persona cuya autoridad hubiera sido bastante poderosa para con el doctor. Me he engañado bien cruelmente. Esta persona ha desaparecido... Qué hacer ahora?... Partir... abandonarlo todo...

CON. Dónde están esos titulos, señora?

BAR. En el castillo de Villemeuse, y en una torre donde el doctor ignora aun que se hallan escondidos.

CON. Por qué no vamos á ese castillo?

BAR. Es imposible. Solamente el doctor penetra en él alguna vez con una jóven...

CON. Dos preguntas, señora. Cómo se ha hecho con ese castillo?

BAR. Le ha usurpado.

CON. Eso es injusto.

BAR. Le ha usurpado á nuestra familia.

CON. Y quién es esa jóven?

BAR. Lo ignoro.

CON. Yo lo sabré. En estos negocios nada es indiferente.

BAR. Esa jóven, que se llama Julia, es desconocida de todo el mundo. El doctor Andrés la ama, la quiere como á su propia hija...

CON. (*ap.*) Si será la de el baile? La que ha hecho nacer una rivalidad tan repentina entre el jóven que la acompaba y Raoul?.. Sospecho que si!.. (*alto.*) Una palabra aun, si os place, acerca del doctor Andrés.

BAR. Conoceis el papel horrible que ha jugado durante la revolucion, como ley del representante del pueblo?

CON. Si; pero despues de la revolucion...

BAR. Despues de la revolucion se ha retirado, bajo pretesto de que su partido le habia rechazado, vendido, calumniado.

CON. Cuenta pues con reconciliarse con su partido? Los partidos á que uno se consagra, le hubiera yo dicho, si le conociera, os matan algunas veces, os calumnian siempre, pero no os recompensan jamás. Sin eso, donde estaria el mérito del sacrificio?

BAR. Bien. Vuestro parecer conde?..

CON. Mi parecer, señora, es que es necesario comprar ese castillo.

BAR. Comprarle! delirais? Un castillo que ha costado un millon de francos!

CON. Yo no digo que se pague. Proponed la venta al doctor. El os escuchará. Para los revolucionarios, el oro vale mas que todos los castillos: eso se gana. Si quiere poner duras condiciones, aceptadlas. Pero vos no podeis comprar este castillo sin verle, sin visitarle. Una vez entrados en él, tomaremos los titulos...

BAR. Proponer semejante compra á quien nos le ha usurpado! La verguenza cubre mi rostro.

CON. Si se eligieran los medios de aceptar, el éxito seria mas facil.

BAR. Pero en verdad vuestro consejo...

CON. Es escelente. Proponed la compra del castillo; durante este tiempo, yo me ocuparé de saber, y sabré quien es esa joven, esa Julia...

BAR. Bien. Vigilad, que nadie entre aquí mientras yo hable con el doctor Andrés. Voy á mandarle llamar.

CON. Confiad en mi. (*vase.*)

BAR. (*sola.*) El conde tiene razon. Nada me queda, en realidad, mas que ese medio, no pudiendo contar con la intervencion de Gabriela, con su influencia para obtener los titulos de mi hijo. Y que creia tambien hallarla aqui! Que habia pensado siempre que ella y el doctor Andrés estaban unidos por un secreto matrimonio, y que Julia era su hija..? Nada se ha verificado. No me queda mas esperanza que

conseguir lo que me ha dicho el conde Star; pero á que humillacion es necesario que yo descienda para ensayar esta última esperanza! Valor! (*toca una campanilla, sale un criado.*) El señor Andrés. (*el criado se retira.*) Por dónde empezar con el doctor? Tendré bastante poder sobre mi para llegar hasta ese estremo? Ya viene, aquí está.

ESCENA XI.

LA BARONESA, EL DOCTOR ANDRES.

BAR. En la entrevista que hemos tenido aquí, no he querido, por temor de prolongar la necesidad de vuestro reposo, hablaros de un proyecto que he concebido al venir á Paris.

DOC. Siempre estoy dispuesto á oiros, señora, pero ya que habeis juzgado este momento mas favorable...

BAR. Nuestros dos partidos se han hecho una cruda guerra durante seis años. El vuestro ha quedado vencedor.

DOC. Quién sabe?

BAR. Y en vuestra calidad de vencedores, habeis usado de la victoria. Esa es la costumbre. Todos son así. Vos perseguisteis al principio.

DOC. Muchos de los vuestros no nos han dado aun motivo para hacerlo.

BAR. No me colocais en el número de esos, al menos?

DOC. No, señora; vos habeis dejado la Francia mucho tiempo antes de que estallára la revolucion; yo conocí entonces vuestra energía. Pero por qué este penoso recuerdo... esta conversacion?

BARONESA. Teneis razon; habeis quedado dueños del campo de batalla, y de lo que en nuestra huida no nos pudimos llevar. Quién no haria otro tanto? Nosotros no hemos podido, por egemplo, nosotros los Villemeuse, convertir en dinero nuestras grandes posesiones inmuebles. Hemos abandonado el castillo de Villemeuse. Os le han dado; vos le habeis guardado; habeis hecho muy bien. No hay victoria sin conquista. (*ap.*) Me admiro de mi sangre fria.

DOC. Por qué tocar esas cosas aun ardientes?

BARONESA. El castillo de Villemeuse es pues vuestro, y no es por mi por quien quisiera perturbaros en vuestra posesion. Imagino que es un poco embarazosa para vos. Una posesion señorial, un parque, un bosque de ocho leguas de estension, es mucho. Habitais vos ese castillo?

DOC. No señora.

BARONESA. Teneis razon. Semejante construccion está, por otra parte, en poca armonia con las costumbres austeras del nuevo régimen. Un dia ú otro os obligarán á demolerle.

DOC. Si, está en cuestion.

BARONESA. (*ap.*) No hay un momento que perder. (*alto.*) Ese castillo de Villemeuse, no os lo ocultaré, le lloro. Es una mansion de mi familia. Los recuerdos privados me le han hecho caro.

DOC. (*ap.*) Entreveo el fin donde quiere ir.

BARONESA. Veamos, doctor, vendedmele.

DOC. No es para venderse, señora.

BARONESA. Sutilezas! Lo será, si vos lo quereis.

DOC. Yo no puedo quererlo.

BARONESA. (*ap.*) No soltará su presa. (*alto.*) Ha costado un millon á los antecesores del difunto señor baron de Villemeuse, os doy por él un millon y quinientos mil francos.

DOC. No vale eso. Pero por última vez os digo, que me es imposible venderlo.

BARONESA. Poned el precio que os agrade, querido doctor. (*ap.*) Si yo pudiera volverle las torturas que me hace sufrir!

DOC. No se ningun precio, señora, que me decida á deshacerme de él.

BARONESA. (*ap.*) Partir sin tener esos papeles, que son el destino de mi hijo, el mio! Oh! esto es horrible!

CON. (*fuera.*) Lucas, os he dicho que no degeis entrar á nadie. La señora de Villemeuse está en negocios importantes con el señor doctor.

BARONESA. Han pronunciado mi nombre.

GAB. Quiero verla, os digo, que quiero verla.

BARONESA. Esa voz!

DOC. La conozco...

ESCENA XII.

GABRIELA, EL CONDE DE STAR, LA BARONESA, EL DOCTOR.

BARONESA. Mi hermana!

DOC. Gabriela!

BARONESA. Querida Gabriela! (*bajo á Gabriela y señalando al doctor.*) Te ama siempre, mira!

GAB. (*bajo á la baronesa.*) Noble corazon!

BARONESA. (*bajo á su hermana.*) Y bien! cuento contigo. (*alto al conde.*) Nosotros no partiremos hoy, señor conde.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Rico salon, pero destrozado en el castillo de Villemeuse. Puerta en el foro, dos laterales. Las tablas de la ley sobre un pedestal, y sobre ellas, en forma de trofeo, dos banderas de la república francesa, y una banda de representante del pueblo.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA, ARTURO.

GAB. Te lo vuelvo á decir, mi querido hijo; cuando conozcas el motivo de mi desaparicion de mi marcha tan precipitada, me disculparás, me amarás mas. Es por tí por quien he estado tanto tiempo ausente. He corrido tantos peligros!

ART. Y yo no he estado con vos!

GAB. Que el placer de mi vuelta lo haga olvidar todo, hijo mio. Pero cómo te he hallado aquí, si te degé en Strasbourg?

ART. Desesperado por no veros volver, recordé, en medio de mi tristeza, vuestras palabras, las que me repetiais sin cesar como un ruego. «Ama siempre, y con todas las fuerzas de tu alma, á Dios y al doctor Andrés.» Y bajo la proteccion de Dios, he venido á Paris y me he presentado en casa del doctor.

GAB. (*ap.*) Imprudente! (*alto.*) No le habrás, á lo menos, hablado jamás de mi?

ART. Jamás.
GAB. (*ap.*) Respiro!
ART. Asi, aprobareis el que haya venido á su casa?
GAB. Si, amigo mio... pero puede ser que te veas obligado á dejarla pronto...
ART. Pronto!
GAB. Te necesito á mi lado... Que tienes, Arturo? Parece que te afligen mis palabras?
ART. Madre mia!..
GAB. Callas!..
ART. Os obedeceré. Pero no os lo debo ocultar, será con sentimiento, con dolor...
GAB. Tú que me amas tanto!.. pero que puede...
ART. Una jóven, educada por el doctor, como su hija...
GAB. (*ap.*) Como su hija, dice... Oh! no, eso no es posible!
ART. Bella, divina, encantadora...
GAB. La amas?
ART. Si, la amo... Perdonadme... tanto como á vos!
GAB. Qué esperas?
ART. Nada espero, la amo. Si debeis llevarme de aqui con vos, partamos ahora mismo, porque si vuelvo á ver á Julia...
GAB. No te desconsueles aun! Esas jóvenes...
ART. Ah! vos consentireis en dejarme aqui, y os quedareis conmigo!
GAB. No puedo aun prometerte nada. (*ap.*) Qué le diré antes de ver á mi hermana?
ART. Si eso depende de vos, espero...
GAB. Sin duda, yo puedo alguna cosa, pero á nada me obligo... veré... consultaré...
ART. Oh! entonces, estoy seguro de que me quedaré. (*besa la mano á Gabriela.*)
GAB. A Dios, hijo mio; nos volveremos á ver dentro de algunos instantes... pero guarda siempre el mayor silencio acerca de mi con todo el mundo, con el doctor Andrés sobre todo.
ART. Por qué ese silencio, ese misterio?..
GAB. Las opiniones politicas del doctor y las de tu familia, han sido largo tiempo enemigas. Yo lo arreglaré todo... pero prudencia... En fin, tú finge que no me conoces.
ART. Lo que exigis de mi es bien cruel... pero, en fin...
GAB. Pronto será otra cosa. Si, entonces cesará esa misteriosa oscuridad sobre tu existencia, y sabrás quiénes fueron tus padres. (*le abraza.*) A Dios, amigo mio. (*ap.*) Ya es tiempo de que yo vea á mi hermana, que la hable de su hijo. (*vuelve á Arturo.*) Me amas tanto como á ella, no es verdad?
ART. Si, madre mia. (*vase Gabriela.*) Aun tengo esperanza. Mi madre verá al doctor Andrés; y si es verdad, como él me ha dicho muchas veces, que soy util en su casa, él la decidirá á dejarme aqui. Pero para que mi felicidad sea completa, es necesario que ella se quede con nosotros. Julia y mi madre á mi lado! Si, la amo como si fuera mi madre... Alguien viene, es Julia!

ESCENA II.

ARTURO, JULIA.

JUL. Ya aqui. Yo creia llegar primero.
ART. Venid! tengo que comunicaros una buena nueva.
JUL. Cuál es?
ART. (*ap.*) Ya me iba á vender. (*alto.*) Si... mi madre me ha escrito...
JUL. Vuestra madre!..
ART. Pronto llegará aqui; pronto la veré, la abrazaré...
JUL. Ah! yo la amaré tambien! y os doy gracias porque habeis partido conmigo vuestro placer!
ART. Placer y dolor, todo deberia sernos comun en este mundo, donde hemos jurado no separarnos jamás.
JUL. Vuestro consejo es una acusacion demasiado justa. Pero yo no hubiera salido de mi asiento, ayer en la ópera, si aquel jóven no me hubiera dicho que vos habiais bajado al salon, y bailabais con una linda jóven.
ART. Y lo habeis creido! Que en adelante nuestra confianza sea mútua.
JUL. Mi aislamiento en la tierra os responde de la mia. Por muy lejos que yo lleve mis recuerdos, no hallo mas que un hombre bueno, escelente para mi, pero estraño, según creo á mi familia, el doctor Andrés.
ART. Una causa secreta nos ha colocado en una misma posicion. Prometámonos pues ser fuerte el uno para el otro, puesto que la suerte nos ha reunido. Hagámonos este juramento en la religiosa soledad de este castillo.
JUL. La promesa será asi mas sagrada.
ART. Me parece... es un sueño? Que he conocido este bello ducado de Villemeuse, testigo de nuestro juramento.
JUL. Vos?
ART. Si, atravesando la selva que le rodea, mil recuerdos asaltaron mi mente, y cuando aun lejos de aqui me hallé delante de una pequeña capilla que domina un torrente...
JUL. Es la capilla de Nuestra Señora de los Abismos.
ART. Mi corazon latió como si en otro tiempo hubiera visto al través de la reja esa piadosa protectora de los que amenaza el abismo.
JUL. Era tambien la patrona de los antiguos duques de Villemeuse.
ART. Porqué milagro ha escapado de los furores de la revolucion?
JUL. Se dice que el doctor Andrés... No se lo contareis á nadie?..
ART. Os lo prometo.
JUL. Se dice, que durante el reinado del terror, cuando nuestros templos eran destruidos, el señor Andrés quiso y obtuvo que se conservára esta pobre capilla, perdida en los bosques. Hizo mas, mandó que la lámpara de Nuestra señora de los Abismos, estuviese constantemente encendida á la memoria...
ART. De una muger á quien él ha amado, no es verdad?
JUL. Asi dicen.
ART. Pero por qué yo, que no he venido aqui jamás, he creido reconocer estos bosques, esa capilla? El aspecto de este castillo no ha disipado mi ilusion. Reiros de mi credulidad; pero me parece que cuando vine aqui, en otro tiempo, una señora vestida de terciopelo y oro, grabe y bella, me abrazaba friamente, y

mi madre me conducia.

JUL. Estais conmovido; en efecto, vuestros ojos recorren rápidamente esta sala!

ART. Y como todo es bello aqui, ved! Todo es grande. De este palacio de mármol partian por las mañanas, al ruido del clarin, los rápidos caballos que llevaban al través del espacio á los reales habitantes de esta morada. Vos hubierais sido soberana como ellos, Julia, si yo no me engaño, habiendo sido lo pasado mas justo para con vos.

JUL. Alguien viene!... ¡Cielos! El jóven del baile!

ESCENA III.

Los mismos, RAOUL.

RAO. Qué veo?... Pero no sois vos?... No hay duda, la ilusion del baile continúa en este castillo para mi. Señorita, me debeis el fin de un Wals.

JUL. Señor...

RAO. (*á Arturo.*) Y vos, caballero, el fin de una esplicacion.

ART. Habeis venido á buscarme?

RAO. No, ciertamente. Pero hubiera venido aqui antes que vos, permitidme esta política si hubiera podido adivinar que hallaria á esta señorita. Puesto que no ha sido asi, caballero, y que me haceis el honor de interrogarme, os diré que no debeis culpar á nadie mas que á vos solo de la aventura en la que los dos somos los héroes, y por la que parece me guardais rencor.

JUL. (*ap.*) Para qué habrá venido aqui?

ART. En fin, qué me quereis?

RAO. Me interrogais siempre, eso es algo catedrático. Me obligais á descender al mismo terreno, y á daros una leccion. Cuando se está en un baile de etiqueta, con una jóven tan seductora, no se la deja sola en su asiento, al capricho del primero que llega. Vuestra política es original.

ART. Caballero, guardaos de que llegue á olvidar...

RAO. Cometeriais una imprudencia, como lo hicisteis al arrebatarme esta señorita en medio del baile. Teneis una vivacidad...

ART. De la que tal vez llevareis la señal. Decid de una vez, caballero, qué venis á buscarme, y no me causareis mas que el pesar de no haberos yo buscado.

JUL. Acabad, os lo ruego... una esplicacion...

RAO. Desechad vuestro temor, señorita. Yo jamás he estado tan tranquilo. (*á Arturo.*) Por última vez os digo, caballero, que estaba tan distante de creer hallaros en Villemeuse, que he publicado en los periódicos el pequeño aviso siguiente: (*saca un periódico.*) «En una conversacion un poco animada, ayer en el baile »de la ópera, dos jóvenes se han arrojado el »guante. El uno de los guantes era blanco, el »otro negro. El que ha recibido el guante ne»gro, hace saber al que ha debido recibir el »blanco, que le espera durante dos dias en la »casa de sanidad del doctor Andrés, donde »le devolverá, al presentarse, su guante ne»gro.»

ART. He aqui vuestro guante blanco, caballero.

RAO. He aqui vuestro guante negro.

ART. Ahora estoy á vuestra disposicion.

JUL. Pero eso es un duelo?

RAO. No me comprendeis. Sabeis lo que me proponia decir á la persona á quien entregára este guante negro?

ART. Lo adivino y os lo dispenso...

RAO. Le hubiera dado un segundo consejo; y es, que cuando un joven vá á un baile de gran tono, cuando se conduce á él á una señorita, cuando en fin se espone á arrojar su guante á alguno, no debe llevarlos negros.

ART. Qué importa el color del guante, si la mano que cubre es bastante firme para castigar á un insolente.

JUL. Oh! Dios mio! No hay quien venga?.. Doctor!..

RAO. No llameis á nadie, señorita, no se derramará sangre. (*á Arturo.*) Vos podeis muy bien hacer lo que querais de vuestras preocupaciones, pero no teneis derecho á obligar á otro á que haga lo mismo. Medirme con vos, que es á donde quereis que descienda, seria reconoceros mi igual.

DOC. (*aparece y se queda en el fondo.*) Yo debia volverla á ver algun dia. Ya ha llegado!

ART. Ese es un miserable efugio. Soy vuestro igual, si!

RAO. Decidme, sin ira, en que sois mi igual? Un duelo es un juego que se empeña. Yo tengo mil libras de renta, y desgraciadamente supongo que vos no las teneis. Yo tengo un nombre ilustre, y vos, cómo os llamais?

ART. El uno de nosotros en este momento se llama el ofensor, el otro el ofendido. He ahi nuestros nombres.

DOC. (*siempre en el fondo.*) Muy bien.

RAO. Yo me llamo duque de Villemeuse.

JUL. El duque de Villemeuse!

DOC. (*ap.*) Dios mio! Si, él es, el que yo he sacado de los *niños-espósitos.*

RAO. Os asombrareis aun de verme en este castillo? Yo permaneceré en él mientras le agrade á la señora baronesa, mi madre, vivir aqui.

DOC. (*ap.*) Y mientras me agrade á mi que viva.

RAO. Cuando vos me hayais dicho vuestros titulos, como yo os he dicho los mios, me tendreis á vuestra disposicion. Buscad con despacio quiénes fueron vuestros abuelos.

DOC. (*ap.*) Eso es muy justo.

ART. Yo sabré obligaros, por algun ultrage sangriento, á olvidar los vuestros.

RAO. (*retirándose.*) Probadlo! La segunda vez conseguireis acaso, mejor que la primera, encender mi cólera.

ART. (*vá á precipitarse sobre Raoul; y el doctor le detiene.*) El señor Andrés!

JUL. El doctor!

RAO. (*yéndose en tanto que el doctor sonriéndose le dirige, hasta que desaparece, una imponente mirada.*) Quén es este hombre? Su sonrisa me espanta.

ESCENA IV.

ARTURO, *el* DOCTOR, JULIA.

Doc. Ese duque se cree demasiado fuerte porque no teme las amenazas. Pero escuchadme los dos, mis caros aturdidos. Sois injustos conmigo; habeis descuidado mis consejos. Todo lo adivino.

Jul. Oh! perdon, señor Andrés.

Doc. Yo perdono siempre, pero el mundo! Reflexionad sobre vuestra ligereza. El duque de Villemeuse, que sabe muy bien que vos no sois hermanos, vá á suponer, habiendoos visto tan acaloradamente interesados el uno por el otro...

Art. Qué supondrá?

Doc. Que os amais.

Jul. Nosotros?

Doc. Eso seria la mas escusable de sus sospechas.

Art. Pero...

Doc. No os amais pues?

Art. No decimos eso.

Doc. Esta suposicion que los unos arriesgarán mañana, que los otros interpretarán mas tarde, acabará por dañar á vuestra reputacion, á vuestro honor. Abreviad esas horas de peligro, y si no debieran tener un término, yo os diria: separaos!

Art. Separarnos!

Doc. Busquemos pues un medio de que vivais juntos sin peligro de vuestra reputacion. Hallais vos alguno, Julia?

Jul. Dios mio!... yo?... no; y vos señor Arturo?

Art. Tampoco.

Doc. Yo se uno, pero no os asombre, casaos. Sois demasiado jóvenes sin duda, para que ese matrimonio se verifique al momento; pero acostumbraos al serio pensamiento de que habeis sido irrevocablemente creado el uno para el otro. El mundo se instruirá de ello, y no le asombrará que yo haya aprobado vuestro amor. Los dolores de otra edad, de los cuales quiero libraros, los ódios políticos que no espero desarmar, me obligarán bien pronto á retirarme de la vida activa. Arturo, yo veo en vos mi sucesor. (*le toma la mano.*)

Art. Tanta bondad!

Jul. Señor!

Doc. (*id. á Julia.*) Dejadme contemplar vuestra felicidad. Julia, desde este momento os debo algunas revelaciones sobre vuestra familia. Id á esperarme á la torre ducal; yo iré dentro de un instante á comunicaros alli esas noticias. No temais esta conferencia, Julia; en nada cambiará, estoy seguro, lo que acabo de acordar para vuestra felicidad y la de Arturo.

Jul. Voy á esperaros alli. (*vase.*)

ESCENA V.

EL DOCTOR, ARTURO.

Doc. En cuanto á vos, amigo mio, al prometeros por esposa á nuestra querida Julia, no os pregunto ni cuáles son vuestros titulos, ni quienes fueron vuestros antepasados. El tiempo de tan tiránicas exigencias ha pasado; pero lo que no pasará jamás, amigo mio, creed á un hombre que ha desarraigado las preocupaciones mas profundas, es la necesidad de llevar un nombre sin tacha á la esposa que eclipsa el suyo, el de su padre, bajo la magestad del de su esposo.

Art. (*ap.*) Mi nombre!.. el de mi padre... Por qué Gabriela no me ha dicho quiénes fueron mis padres!

Doc. Me direis: mi padre era un hombre honrado, y su nombre es llevado con honra por mi madre.

Art. Si, yo lo diré todo... (*ap.*) Vamos á buscar á mi madre.

Doc. Nos volveremos á reunir aqui. Yo voy al lado de Julia que me espera. Andrés!

Art. (*ap.*) Tanto misterio. Es necesario que Gabriela me diga la verdad sobre mi familia. (*vase.*)

ESCENA VI.

EL DOCTOR, *solo.*

Por qué fatalidad ese Raoul de Villemeuse viene á arrojar la desolacion entre esos dos corazones jóvenes? Apenas ha llegado, ultraja á Arturo, atormenta á Julia. Su presencia es ya una desventura para ellos.

ESCENA VII.

EL DOCTOR, COQUEBERT.

Coq. Os buscaba, señor doctor.

Doc. Qué me quereis?

Coq. Estremecidos de terror, los habitantes de este partido y los de los vecinos, llegan tumultuosamente al castillo.

Doc. Y por que motivo?

Coq. Por las siniestras noticias que han corrido en el campo. La armada de Italia, segun dicen, ha sido completamente derrotada por los austriacos, que han invadido ya el territorio por el mediodia de la Francia. El general Scherer ha huido. Los enemigos del interior levantan la cabeza... París está insurreccionado.

Doc. No he recibido nueva alguna que me anuncie semejante desventura. Esas noticias son falsas. Decid de mi parte á esos valientes ciudanos, que se tranquilicen. (*vase Coquebert.*) Volvamos ahora al lado de Julia. (*vá á salir y el conde de Star le detiene.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE DE STAR, EL DOCTOR.

Con. (*saludando profundamente.*) El señor doctor Andrés?

Doc. Yo soy.

Con. Soy uno de los viageros que entraron en vuestra casa ayer noche.

Doc. El señor conde de Star.

Con. El mismo. Pero me parece haberos visto ya en otra parte. Se lo he dicho tambien á la señora baronesa.

Doc. Vuestro semblante, en efecto, no me es desconocido.

CON. Me habreis visto en San Petersbourg, en la corte de Viena, ó en la de José segundo.

DOC. Creo que no.

CON. Sin embargo, nosotros no nos hemos visto?

DOC. (*ap.*) Yo creo recordar en dónde.

CON. Seria en la brillante corte de Versalles?

DOC. No, señor, ha sido en la Bastilla.

CON. (*ap.*) Diablo! (*alto.*) Por mi fé, teneis razon; es en la Bastilla donde nos hemos visto. Pero nada tiene eso de estraño. Tambien han estado en ella principes reales.

DOC. Mi cautividad tiene mas modestia.

CON. No importa! yo fuí encerrado... Sabeis que allí se encerraba por nada.

DOC. No á los hombres como vos, señor. Se les estimaba en mas.

CON. (*ap.*) Este hombre tiene un carácter sombrío, templado; si yo no escito su cólera no hablará. Es necesario que hable, que me diga su secreto acerca de esa joven. (*alto.*) Puesto que somos conocidos antiguos, os trataré con la mayor franqueza.

DOC. Teneis, pues, algun secreto grave...

CON. Dos palabras que deciros solamente; pero dos palabras que cambiarán toda vuestra existencia. Os he dicho qne seré franco. Soy aristócrata. No creo que la igualdad entre los hombres, mas que en la igualdad entre los árboles de un bosque. Permitid aun otra comparacion cuya exactitud absolverá su trivialidad. Si la igualdad de que tanto se nos habla fuera verdad, habria vino de Bordeaux para todos. Degemos pues al mundo como le hemos hallado; y seamos de los que gozan con el lujo, con su bienestar, sin inquietarse por hacer que gocen los otros, puesto que no hay bastante para todos.

DOC. Perdonadme.. tengo algunos quehaceres que despachar.

CON. (*deteniéndole.*) Habeis hecho una revolucion; qué ha hecho ella por vos?

DOC. Nada, y yo la doy gracias.

CON. Qué ha hecho por los otros? Ha destronado un rey para daros cinco que llama miembros del directorio. Sé que teneis algunas compensaciones que oponerme. En otro tiempo llevabais pelucas elegantes, perfumadas, hoy llevais los cabellos que os cubren el rostro y os hacen parecer á los osos; comeis todos los dias, y los proveedores de vuestros egércicitos os mantienen. A la desigualdad de las fortunas habeis sustituido la igualdad del mal gusto y de la miseria.

DOC. En otra parte, que en mi casa, señor conde, ese discurso, cuyo objeto no adivino, os costaria caro, aunque no estamos en los tiempos mas rígidos de la revolucion. Pero en fin?..

CON. Sé muy bien lo que he dicho. Aunque no estamos en los tiempos que quereis hacerme recordar, puede por una palabra enviarme muy lejos el directorio; pero está ya cansado de prender y castigar. Vos no estais mejor, os hallais fatigado. Hay alguno que iria al cadalso con mas indiferencia que yo, y sois vos.

DOC. (*ap.*) Que mezcla de sublimidad y de bajeza. (*alto.*) Pero, por última vez, cuál es el objeto de vuestros discursos? Quiero saberlo.

CON. Todo hombre político tiene agravios que vengar. Yo os ofrezco un medio para vengaros de vuestros enemigos.

DOC. Vuestra penetracion es por lo menos tan estraña como vuestra generosidad.

CON. Conociendo pues todas las fases de vuestra vida, vengo á proponeros...

DOC. Vos no sois solamente un aristócrata sino tambien un espia.

CON. En Venecia, como ganaba siempre al juego, decian que era el diablo; vos sois menos cortés que los venecianos. No importa! Si quereis venir conmigo á Alemania, y decir allí en las conversaciones oficiosas, el estado actual de Francia, sus fronteras débiles, y lo que convendria hacer para comprar los hombres mas ó menos honrados que la dirigen, volveriais, os lo juro, rico, poderoso...

DOC. Caballero, yo nada quiero.

CON. Y bien! decid todo eso por nada.

DOC. Qué Francia quereis que yo haga conocer en vuestros salones políticos de Alemania? La que Luis XIV dejó pobre, pero noble y grande aun á Luis XV, ó la que Luis XV ha legado á su sucesor, como una enfermedad hereditaria que debe llevar eternamente? Vos habeis alabado su elegancia; pero debajo de ese brillo aparente se escondia la decrepitud la vergüenza, la infamia. Si, ella tenia espíritu, mucho espíritu, pero era el de la fiebre el del delirio. Tenia mas espíritu que corazon. Si, nadaba en el lujo y la saciedad, pero á sus pies germinaba la desconfianza amenazaba la rebelion. Acordaos de la respuesta de aquel paisano que Luis XV encontró un dia en el bosque de Sénart, y que llevaba un atahud sobre la espada. «De que ha muerto ese hombre?—Señor, de hambre. Aquel hombre era la Francia.

CON. (*ap.*) Por fin se ha irritado.

DOC. Yo ilustrar al estrangero, para que se aproveche de las debilidades y miserias de la Francia? Si, ella es pobre, roe su pan negro al rededor de los espléndidos banquetes del directorio; pero yo la amo porque se regenera por medio de la austeridad y el valor, como hacen los grandes corazones, como hacen los santos. Si, puesto que vuestra mirada ha leido en mi alma, no os lo negaré, he sido calumniado ultrajado, vendido por los mios; pero antes de decir á los cañones del enemigo, ese es el camino por donde se entra en mi patria, quisiera mejor ser... lo que vos sois. Porque al fin, de nosotros dos en este momento, vos no sois mas que el que compra, y yo, ma vil, seria el que vendiera.

CON. (*ap.*) He aqui justamente el estremo que yo queria conducirlo. (*alto.*) Tal vez tendreis otras razones para no aceptar mi proposicion. Os veriais obligado á dejar una familia, hijos... Educais una joven y encantadora niña, con una afeccion particular; no me pertenece saber, adivinar aun hasta qué estremo de misterio y cariño...

DOC. Qué habeis dicho, señor, qué habeis dicho. Me pareceis en este momento á vuestros infames caballeros, que... Yo queria callar el crimen porque fuisteis encerrado en la Bastilla, pero vos le habeis dicho.

CON. Con que título está esa joven en vuestra casa

Doc. Con qué título? Vos no mereceis saberlo. Me retiro. Vuestro aliento me ahogaria. Tengo necesidad de contemplar el resplandeciente rostro de Julia para purificarme de cuanto acabo de oiros. Felicitaos, caballero, de ser mi huésped; sin este título sagrado que os protege... Pero en fin, por última vez os lo digo, sois mi huésped.

ESCENA IX.

El Conde, *solo.*

Nada! no he sabido nada, y sin embargo es preciso qué lo sepa todo... Porque esta joven, cuyos derechos hácia el doctor desea tanto saber la señora baronesa de Villemeuse, es la misma que yo he visto en el baile de la ópera. Raoul acaba de confiármelo, contándome la entrevista que ha tenido con el joven que la acompañaba en el baile. El se chancea aun, rie, pero pronto le ahogará la ira, el corage. Yo presiento una rivalidad horrible, exasperada por el amor propio. Este punto negro amenaza ser una tempestad terrible. En mi está el conjurarla. No por medio de un duelo: jamás! escepto cuando yo le juzgára necesario, y siendo yo el testigo de Raoul. Pero, en fin, quién es esta joven, esta Julia?

ESCENA X.

El Conde de Star, Lucas.

Lc. La señora baronesa de Villemeuse, que llega al castillo, suplica al señor conde se sirva pasar en el momento á verla.

Cn. Está bien... allá voy... (*ap.*) Mi reputacion de habilidad vá á ser singularmente comprometida á los ojos de la baronesa. (*vuelve.*) Quién eres tú, amigo mio?

Lc. Yo era ayuda de cámara antes de la revolucion, y soy un criado despues de la revolucion.

Cn. Pues ya has hecho tu carrera... Hace mucho tiempo que sirves al doctor?

Lc. Dos años solamente.

Cn. (*ap.*) No es bastante para que sepa alguna cosa: veamos sin embargo. (*alto.*) Puedes enorgullecerte de servir á tan buen amo. El me hacia tu elogio, aqui, no hace un instante.

Lc. El señor es muy bueno.

Cn. Su hija te ama mucho, tambien.

Lc. Su hija?...

Cn. Si, la señorita Julia.

Lc. La señorita Julia no es su hija, os lo aseguro.

Cn. Sin embargo, todos lo dicen.

Lc. Todos se engañan.

Cn. Apostemos veinte y cinco luises á que es su hija.

Lc. Yo os los ganaria... si los tuviera.

Cn. (*con un bolsillo en la mano.*) Los perderias.

Lc. Al contrario, tendria bien pronto cincuenta.

Cn. He aqui veinte y cinco luises: quieres aun apostar? Entendámonos; yo digo que la señorita Julia es su hija, tú que es...

Lc. Es cierto que él la ama como si fuera hija suya, porque si se apodera de él la estraña la cruel enfermedad que le deja de repente inmóvil y mudo como una estátua, y que le ataca siempre que alguno tiene la imprudencia de recordarle lo que ha sufrido en la Bastilla, solo la señorita Julia puede acercarse á él. Yo creo, como vos, que es su hija, si...

Con. Si!..

Luc. Nadie sabrá nuestra apuesta?

Con. Confia en mi.

Luc. Subid al tercer piso del castillo, marchad hasta el estremo de la galeria oscura, tres tablas os detendrán, separadlas. Reemplazan la puerta de una gran pieza descubierta hace algunos dias por los obreros. Entrad y mirad bien encima de la chimenea.

Con. Qué veré? di!

Luc. Si yo os lo digo, no ganaria legalmente la apuesta.

Con. Pero... la señora baronesa que me espera. Quiero salir bien con mi empresa antes de verla.

Luc. No, es por aqui. (*le indica al conde una puerta lateral.*)

ESCENA XI.

Gabriela, la Baronesa.

Baronesa. Te doy gracias, Gabriela, por haber obtenido del señor Andrés el permiso de venir á este castillo de Villemeuse!

Gab. No me has dicho que era por tu hijo?

Baronesa. Si, él entrará hoy en posesion de sus títulos, y es á tí, buena Gabriela, á quien se lo deberá.

Gab. A mi?

Baronesa. Escúchame! Cuando los horribles escesos de la revolucion obligaron, hace ocho años, al señor duque de Villemeuse, el hermano de mi difunto esposo, á dejar repentinamente á su muger y su hija, para ir desterrado á Alemania, dejó al partir los títulos, los papeles de la familia, peligrosos de llevar.

Gab. Y qué daño pudiera causarte la pérdida de esos títulos, hoy que los privilegios se han abolido en Francia?

Baronesa. La Francia no es nuestra patria. Ella nos ha despojado de nuestros bienes, nos ha arrojado de su seno. Olvidémoslo. La córte, la antigua nobleza de Alemania nos hará conocido como miembros de la gran familia aristocrática. Pero para colocar á mi hijo en el rango á que su alto nacimiento le llama, son necesarios los títulos que acrediten que es tal duque de Villemeuse. Todo el porvenir de mi hijo Raoul está en esos papeles.

Gab. Raoul, has dicho? Se trata de Raoul?

Baronesa. Y de quién sino de él...

Gab. Continúa. (*ap.*) Pobre Arturo.

Baronesa. Esos papeles, esos títulos, están aqui, en este castillo. Ya puedes comprender mi deseo en ir á la torre ducal. En un parage secreto de una de sus salas han sido guardados y sellados en un cofre de hierro, los papeles del señor duque de Villemeuse, la víspera de su emigracion, con el acta por la cual cede su título de duque á mi hijo, á nuestra familia, habiendo muerto la suya.

GAB. Si, yo sé que su muger y su jóven y única hija Luisa, han sido arrastradas por el torrente revolucionario.

BARONESA. Esos papeles son la fortuna de mi hijo. Con ese título lo es todo, sin él, no es nada. Acompañada de Raoul, que me espera en la galeria, voy pues á esa torre, á buscar en el parage secreto, conocido por mi solamente, y vuelvo á abrazarte.

GAB. *(deteniéndola.)* Aun no me has preguntado por qué fui á buscarte á Alemania?

BARONESA. No me has dicho tambien que era por mi hijo, por Raoul?

GAB. Es, sí, por tu hijo; pero no es por Raoul, es por el otro.

BARONESA. Por el otro?.. Ah! Si, por el otro. Hablemos mas bajo. Yo no me atrevia á hablarte de él.

GAB. Si le conocieras! qué noble corazon!

BARONESA. Yo siento que las desventuras de nuestra época nos hayan separado; hubiera querido hacer por él todo lo que tú has hecho en mi lugar.

GAB. No hablemos de mi, he sido recompensada porque le amo. No seas celosa del amor que yo pueda ofrecerle, mi querida hermana. Yo no tenia mas que á él sobre la tierra, y acabo de decirte: ahí le tienes!

BARONESA. Querida Gabriela!

GAB. *(ap.)* Ni una lágrima ha caido aun de sus ojos! *(alto.)* Pero mi deber es antes que mi cariño. Escúchame á tu vez, hermana mia. Sin un nombre, tu hijo no tiene derecho de tomar ningun rango en la sociedad; ella le rechaza. Yo no puedo darle el mio, puesto que no soy su madre, y he querido prevenirte, consultarte, aunque segura de tu consentimiento, antes de autorizarle á llevar tu nombre, y decirle que es tu hijo. Tú has venido á Francia á buscar los títulos del uno; yo, con peligro de mi vida, he ido á Alemania á pedirte un nombre para el otro.

BARONESA. Oh! que no pueda yo satisfacerte. Pero qué nombre le he de dar, querida Gabriela, puesto que no existe una prueba auténtica de que yo sea su madre?

GAB. Esa prueba existe.

BARONESA. Qué dices?

GAB. Yo la tengo.

BARONESA. Ah! tú la tienes!

GAB. Nacido cuando el señor baron de Villemeuse vivia, ha sido inscripto en el registro de la parroquia como su hijo y tuyo. Yo he podido, durante las turbulencias de la revolucion, procurarme fácilmente ese registro, y arrancar la hoja donde consta su nacimiento. Es esta.

BARONESA. Dámela, Gabriela!

GAB. Antes de dártela, permiteme decirte que no he sorprendido en tus ojos, en tu alma, al devolverte á tu hijo, que debias creer perdido, esa emocion ardiente, espontánea, que hubiera querido ver brillar en ti.

BARONESA. Te engañas, Gabriela...

GAB. Quiero creerte, hermana mia. Porque si llegára á suponer solamente que no usabas para con él de los cariños de una madre, osaria decirte: «déjame aun tu hijo. Yo tomo ante Dios y ante ti, te diria, la obligacion de servirle de madre toda mi vida. Hermana mia, vé á buscar tu tesoro... Yo guardo el mio.»

BARONESA. Gabriela! Gabriela tú no me has comprendido. Yo hago en este momento por él mas que tú piensas.

GAB. Tú!

BARONESA. Ese hijo que yo trage á mi casa, va á ser, en volviendo á ella, la ruina de su hermano mayor, de Raoul. No debí decirtelo en Alemania, el principe de Neudorff, poderoso protector ofrecido á Raoul, me ha prometido su mano.

GAB. El título de princesa te ha seducido. Eso es muy bello!

BARONESA. Cuando sepa que he tenido otro hijo del que no le he hablado jamás...

GAB. Y bien?

BARONESA. Piensas tú que consentirá aun en darme su mano?

GAB. Vacilas entre la corona de princesa, hecha de oro y de diamantes, y la de madre que no es tan frecuentemente la corona de martirio. Vacilas!..

BARONESA. No vacilo... Oh! no... Pero no es eso un sacrificio?

GAB. Era necesario no hablaros para que no lo fuese? No es tambien por vuestro hijo, futura princesa de Neudorf, por quien he tomado sobre mí el oprobio de vuestra falta, por quien he cubierto mi frente con vuestra vergüenza? No es por él por quien he renunciado en un dia á la estimacion, al amor de un hombre que iba á ser mi esposo? Veinte veces he tenido motivos para ir á buscar á ese hombre y decirle: Yo os he engañado, amigo mio; vo vedme vuestra estimacion, vuestro amor; he aqui la verdad; yo me he acusado por salvar á mi hermana. Pero he callado, he permanecido oculta, sacrificandoos por vuestro hijo hasta el último momento, mi honor, mi amor... este amor que yo volví hácia Dios para pedirle perdon de vuestra falta, como muger, y de vuestra insensibilidad como madre.

BARONESA. Gabriela! Gabriela!

GAB. Yo he rogado bastante, he suplicado. Sabedlo, vuestro hijo ama. Pronto se casará. Necesita un nombre. Concluyamos pues. Desde hoy toma el vuestro. Esta fé de bautismo le vá á ser entregada.

BARONESA. Y á quién ama?

GAB. A una jóven que ha visto en casa del doctor Andrés.

BARONESA. En casa del doctor Andrés! *(ap.)* Mis sospechas eran fundadas *(alto.)* Y quién es el padre de esa jóven?

GAB. Lo ignoro.

BARONESA. Yo no lo ignoro, no! Es hija del doctor Andrés. *(ap.)* Y de ella tambien.

GAB. Su hija! *(ap.)* Oh! Dios mio! yo habia olvidado ya este pensamiento. Será verdad? Oh! eso seria horrible!

BARONESA. Casarse mi hijo con la hija de nuestro mas cruel enemigo! Del que ha causado todas las desventuras de nuestra casa! Oh! es seria dar demasiada satisfaccion á un enemigo *(ap.)* He descubierto la trama y yo la romperé.

GAB. Pero quién te ha dicho?.. Qué prueba que esa hija... *(ap.)* Ah! los celos me vuelven loca, yo creia no amarle ya.

BARONESA. Pero que escoja mi hijo; si quiere llevar mi nombre, si quiere, en fin, ser mi hijo, que renuncie á unirse con esa jóven, cuya frente está sellada con la reprobacion de su padre; pero si quiere ser su esposo, que renuncie á ver en mi á su madre. Desaprobad mi resolucion si os atreveis.

ESCENA XII.

Los mismos, RAOUL.

RAOUL. Perdonad mi impaciencia, vengo á buscaros para ir á la torre ducal.

BARONESA. Vamos. Gabriela, nos volveremos á ver dentro de un instante. Reflexiona y decide por él.

GAB. *(sola.)* Infeliz de mi! Este último golpe me estaba reservado. Su hija!.. Oh! Dios mio! No se sabe cuanto se ama cuando se cree tras largo tiempo no amar. El vá á venir... Que le diré? Y bien! que le pido su hija para ese jóven que está en su casa, para mi hijo. Yo me contendré al hablarle; estaré serena, tranquila... y si me lanza sus reprensiones, yo le diré: Y vos?... Alguien viene: es él. El corazon se me salta.

ESCENA XIII.

GABRIELA, DOCTOR.

DOC. Al pedirme ayer para vuestra hermana el permiso de visitar este castillo, me digisteis tambien que no nos dejariais hoy aun.

GAB. Si, os lo he dicho.

DOC. Nadie tiene derecho de reteneros, pero permitid á un antiguo amigo que se informe del retiro que habeis escogido, sino es un secreto.

GAB. Vuelvo á Strasbourg de donde me ausenté hace un año. Mi vida, doctor, no tiene secretos. *(ap.)* Qué le importa mi vida!

DOC. Es feliz vuestra vida. Quisiera creerlo; felices los que pueden olvidar!

GAB. Es necesario quererlo.

DOC. Yo no he querido olvidaros! pero vos! os acordais de Paris á vuestra salida del convento? La sociedad entera se desplomaba. Qué tiempo! Era el nuestro!

GAB. Por qué recordar...

DOC. Por qué! Sabeis quien era el mas infatigable miembro de esa revolucion? El que espantaba las secciones, que combatia en las calles, que, á una señal de la convencion, corria, ceñido con la banda de representante del pueblo, á las fronteras amenazadas? Era yo. Sabeis lo que queria? Fortuna? No! Gloria? Tampoco! Queria olvidaros ó morir.

GAB. *(ap.)* Cuanto me ama aun.

DOC. No he podido morir. Vos habeis alcanzado la calma, yo un renombre terrible que no queria, y que aborrezco. Nosotros nos hemos hallado una noche en medio de la vida para decirnos á Dios, y á Dios para siempre. Seguid olvidándome con el que me lo ha quitado todo en un instante.

GAB. *(ap.)* Qué lenguage! Aun me ama. *(alto.)* Pero si yo he huido lejos de vos, fué porque temia ser un perpétuo obstáculo á vuestra existencia, de la que yo era la mas digna de ser la compañera.

DOC. Gabriela! Sin volverme una afeccion imposible, sin pedirme el participar de ilusiones que no son ya propias de mi edad, quereis un destino tranquilo, dulce aun tal vez? Me comprendeis?

GAB. Esa jóven que está en vuestra casa, que la quereis como si fuera vuestra hija...

DOC. No es hija mia!

GAB. Ah! no es hija vuestra!

DOC. Si yo os esplicára su presencia en mi casa! Gabriela, no se llega impunemente á las revoluciones que son obra de Dios. Los mejores, los mas fuertes tienen despues cuentas terribles que volverse. Al principio todo es alegria, todo va bien. Hay obstáculos? Se destruyen. No hay enemigos, se triunfa. El ruido se acaba, la muchedumbre muere. Se queda solo el descarriado. Y entonces pasa las manos por su frente y por sus ojos. Gabriela! Las retira, la una llena de sangre, la otra bañada en lágrimas, y despues de haber derrotado, de haber muerto á tantos enemigos, busca uno, el mas aborrecido tal vez, para tenderle un brazo compasivo y decirle bajo, muy bajo, vuélveme el reposo, vuélveme la razon, llámame tu hermano.

GAB. *(ap.)* Qué he dicho? Ah! Le he recordado sus dolores.

DOC. Esa jóven es para mi la paloma que me anuncia el perdon y la clemencia. Cuando sufro, cuando lanzo algun grito en medio de la noche, ella viene dulcemente, con una lámpara en la mano, posa sus lábios sobre mi frente y me dice: «vamos, amigo mio, dormid en paz, yo estoy aqui;» y yo duermo. Gabriela, condenareis este agradecimiento y no le creereis?

GAB. Yo no creeros, cuando esa es mi vida? Os creo, amigo mio.

ART. *(entrando.)* Y bien, madre mia.

ESCENA XIV.

EL DOCTOR, ARTURO, GABRIELA.

DOC. Su madre!.. Qué he oido?

ART. *(ap.)* Oh! Dios mio! que he hecho? *(alto al doctor.)* Pero esa estrañeza, señor...

GAB. Que decirle ya...

DOC. Qué! El que he recogido, amado, querido... Era... Traicion infame! Qué venis á hacer aqui? Vuestro hijo en mi casa!

ART. Esas acusaciones, señor...

GAB. Callad! las merezco.

DOC. Enviarle á mi casa! Buscarme! Ah! Esa es una infame trama de los dos. La madre vende mi amor y el hijo me le roba.

ART. Madre mia, salgamos.

GAB. Quedaos.

DOC. Pero ese rendimiento, esa mirada que suplica, que habla á mi alma... Ah! ya lo adivino, habeis dicho: el será grande, será generoso. Si, habeis hecho bien, Arturo, en venir á mi casa. Gabriela! Gabriela! ni una pa-

labra que os disculpe, ni una esplicacion! Por Dios! una sola palabra que me abra el cielo. Quereis que sea mi hijo?

GAB. Si... Oh! si!

DOC. La ventura sea para todos. Id, Arturo, nada mas tengo que preguntaros sobre vuestra familia. Id á hablar á Julia. Andad! (*vase Arturo.*) Si, ventura para todos, Gabiela, porque vuestro hijo ama á Julia.

GAB. Lo sé todo, y yo venia á pedirosla para él.

ESCENA XV.

GABRIELA, LA BARONESA, EL DOCTOR.

BARONESA. En verdad, que lo que habeis hecho es infame.

GAB. Qué he hecho?

BARONESA. Y vos lo preguntais? Vos, cómplice con él!

GAB. No te entiendo...

BARONESA. No me entendeis? No sabeis de dónde vengo, vos que me habeis enviado? Oh! esto es horrible.

GAB. Pero...

BARONESA. Es necesario, pues, que os diga que la torre ducal ha sido destruida, arruinada? Todo ha desaparecido; el cofre de hierro tambien. (*al doctor.*) Vos le habeis usurpado.

GAB. El?

BARONESA. Ah! vosotros os unis para despojar á mi hijo Raoul de sus títulos, no es verdad? La ambiciosa eres tú.

GAB. (*rompiendo la fé de bautismo de Arturo.*) Toma! ya no son nada, ni el uno, ni el otro. Veremos ahora quien les amará mas, si tú al tuyo, ó yo al mio.

BARONESA. (*al doctor.*) No estábais contento con poseer este castillo, sus inmensos bosques, sus grandes rentas, sin apoderaros de esos títulos que no sirven para nada, si no es que quereis echar sobre vuestra frente el eterno remordimiento de vuestra baja y miserable accion?

GAB. Hermana mia, el hombre á quien insultas delante de mí...

BARONESA. Le amas, no es verdad? Pero no he dicho aun todos sus crimenes. Es el que ha despojado á mi hijo Raoul de sus títulos, el que ha enviado á un destierro, donde ha muerto, al duque de Villemeuse; el que ha hecho asesinar aqui, en esta sala, á la duquesa de Villemeuse y á su hija Luisa; el que ha robado, en fin, en ese cofre de hierro hasta dos millones en diamantes, destinados á formar la dote de esa jóven, de su hija.

GAB. Te engañas!

BARONESA. Mira si responde. Le he aterrado. (*al doctor.*) Oculta esa frente, mas baja! Inclina esa cabeza.

ESCENA XVI.

Los mismos, el CONDE DE STAR.

CON. (*bajo á la baronesa.*) Escuchadme, señora. Esa joven educada por el doctor, bajo el nombre de Julia, es Luisa, la hija del duque de Villemeuse.

BARONESA. Cielos!

CON. (*á la baronesa.*) Su nombre y su retrato se hallan en el tercer piso.

BARONESA. (*ap.*) Gran Dios! Trabajemos! Todo se ha cambiado. (*alto al doctor.*) Puedo acusaros ahora de otro delito mas ante los tribunales, y por muy vendidos que estén, harán justicia. Os voy á citar ante ellos, no por un delito cualquiera; por haber robado una jóven arrancada de los brazos de su familia, á Luisa de Villemeuse. Lo sé todo.

DOC. (*levantando la cabeza.*) Y bien! Señora, voy á responderos. (*gran ruido fuera que vá creciendo por grados.*)

BARONESA. Qué ruido es ese? (*el ruido se aumenta. Se oye gritar.*)

VOCES. (*dentro.*) «El señor Andrés! el señor Andres!»

ESCENA XVII.

COQUEBERT, *entrando rápidamente seguido de* JULIA, *de* RAOUL *y de* ARTURO.

RAOUL. (*yendo al lado de la baronesa y el conde.*) Madre mia! señor conde!.. (*Julia y Arturo se van al otro lado donde está Gabriela.*)

ART. (*á Gabriela.*) Vengo á velar por vos.

COQ. (*al doctor.*) Este pliego del Directorio para vos.

DOC. Para mi?

BARONESA. (*ap.*) Escuchemos.

DOC. (*leyendo.*) La armada de Italia ha sido completamente derrotada, el estrangero está en las fronteras. El Directorio, queriendo daros una prueba de la confianza que ha depositado en vos, os encarga que organiceis la resistencia en el antiguo señorio de Villemeuse. Vigilad, destruid la traicion si intenta aprovecharse de este golpe. Levantad vuestros súbditos, incitad á las poblaciones de las fronteras; llamad á las armas, y venid á darnos cuenta esta misma noche de lo que hubiereis hecho por el bien comun, despues de haber declarado á la patria en peligro.» (*murmullos fuera.*)

CON. (*ap.*) Esta noche.

BARONESA. Debeis responder, señor doctor, á mis acusaciones.

DOC. (*adelantándose á la baronesa.*) Señora, estoy pronto á responderos, y recibireis mas resplandeciente que nunca la justicia que esperais. Yo no soy tan débil como vos habeis creido. (*se ciñe la banda.*) Habeis vuelto antes de tiempo, señora; ya vienen otra vez esos insolentes déspotas mal esterminados. Y bien! Yo vuelvo á ser lo que era por ellos, por vos, el hombre que salió de la Bastilla gritando: Justicia y venganza!

BARONESA. Este hombre me espanta.

DOC. Oh! me vengué! ceñia como hoy esta banda de representante del pueblo y la mostraba como un meteoro sobre los muros desplomados de Nimégue y Maëtricht, al través de las retamas encendidas de la Vendée y en la poupa temblorosa de nuestros barcos que metralla ban los ingleses en la Rada de Toulon. En peligro mi patria, me manda aun recobrar lo perdido; obedezco. A su contacto despierto de mi letargo, me reanimo, me exalto. (*á la baronesa.*) Esperad, señora, un instante.

(*corre al balcon con una bandera en la mano.*) La patria está en peligro, armaos, corred, llamad á los buenos, ocultad las tablas de la ley, cubrid con un crespon fúnebre las banderas. Que la alarma suene en todos los ángulos de la patria, que este tremendo grito de dolor estalle y retumbe en el aire; que la montaña le arroge al valle y el valle le lleve hasta el mar; este grito: la patria está en peligro.

BARONESA. Huyamos!

CON. No señora.

DOC. (*viniendo al fondo.*) Y vos venis aun á provocar la guerra? Imprudentes! Pero no sabeis pues que este castillo, fortificado por los realistas, ha sido, no hace tres años, la tumba de seiscientos de los vuestros que habian cometido la temeridad de refugiarse en él para insultarnos? No salió mas que uno. (*se oye gritar fuera.*)

VOCES. (*fuera.*) A las armas! á las armas!

DOC. (*llegándose á la baronesa y al conde.*) Me parece que vosotros no estais mas seguros. (*vuelve al balcon.*) Si, venid, yo os daré las armas, las banderas, venid. (*anda algunos pasos y dice á la baronesa.*) Despues de los intereses de la patria, serán los nuestros. Volveré; esperadme, y el criminal será su propio juez.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un salon elegante lleno de altanos. Las banderas tricolores cubiertas con unos espones flotantes, la astas inclinadas. Las tablas de ley están cubiertas con una gasa negra. Al levantar telon, las gentes del castillo están colocadas al rededor del doctor y de otros personages que están sentados.

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR, LA BARONESA, GABRIELA, ARTURO, RAOUL, JULIA.

DOC. Habia prometido venir á juzgarme delante de todos vosotros en cuanto hubiera cumplido las órdenes del Directorio. Ya se han egecutado. Llena de entusiasmo la juventud ardiente y valerosa de nuestros departamentos, marcha á las fronteras. Yo voy á cumpliros mi promesa, antes de ir á Paris, donde me esperan esta noche para esponer los nuevos resultados de la comision que acabo de desempeñar. He sido acusado por la señora baronesa de Villemeuse de haber, durante el reinado del terror, enviado á un destierro, donde ha muerto, el duque de Villemeuse, y hecho asesinar en este castillo á la duquesa su esposa.

BARONESA. Lo he dicho y lo afirmo.

DOC. Yo no he enviado á un destierro al duque de Villemeuse. Gefe de una conspiracion realista, y cogido con las armas en la mano en este castillo, iba á perecer como seiscientos de los suyos. Yo me comprometi á salvarle la vida, y le proporcioné los medios de ganar las fronteras de Alemania. El solo escapó del furor de sus enemigos. La duquesa de Villemeuse no ha sido asesinada, pero ha muerto aqui, protegida por mi, á favor de mi popularidad, y con peligro de mi vida, contra las venganzas de sus antiguos vasallos: acabó su vida, al fin de una vegez respetada.

GAB. (*ap.*) Respiro!

DOC. La señora de Villemeuse me ha acusado de haber conservado este castillo.

BARONESA. De haberlo usurpado.

DOC. La nacion ha tenido á bien dármele en pago de mis servicios, y yo le he guardado, porque se habia convertido, asi como la mayor parte de los antiguos palacios feudales, en un arma contra el pais, en una morada abierta á la traicion. Si, le he guardado como se guarda una fortaleza enemiga.

BARONESA. Vano pretesto.

DOC. Pero de este castillo, de sus bosques, de sus bastos campos, no he tocado jamás á la mas insignificante renta. Todos sus productos han sido reducidos á dinero, y ese dinero se ha reunido á los dos millones en diamantes que he hallado en el cofre de hierro, escondido en la torre ducal.

CON. (*ap.*) Es él quien tiene los dos millones; ya me lo sospechaba yo.

BARONESA. (*ap.*) Con que audacia proclama sus crímenes!

DOC. Escuchad hasta el fin, señora, la justificacion del que vos habeis tratado de usurpador y de asesino. Haciendo lo que el señor duque de Villemeuse hubiera hecho por su hija, cuya muerte me habeis acumulado, he depositado en casa del notario de este departamento, un documento por el cual quiero que Luisa de Villemeuse, que me escucha...

ART. Luisa de Villemeuse aqui?

RAOUL. La señorita de Villemeuse?

DOC. Entre en posesion de todos sus bienes. Si, he querido, por medio de este documento solemne, irrevocable, por el cual me obligo á no mudar jamás su contesto, ni alterar sus palabras, que este castillo y sus ricas dependencias sean entregadas por mi á la señorita de Villemeuse en el dia de su casamiento.

JUL. (*arrojándose en los brazos del doctor.*) Querido doctor, habeis sido muy bueno para mi familia; demasiado generoso para conmigo...

ART. Es ella! (*ap.*) Julia ya no es para mi.

BARONESA. Pero los títulos de mi hijo?..

DOC. Aqui los teneis, señora; os los devuelvo hoy, que son tan poco peligrosos para la Francia, como este castillo.

BARONESA. Por fin los tengo en mi poder.

DOC. Eso es todo lo que vuestro hijo llevará de las inmensas riquezas que habeis venido tan arriesgadamente á buscar aqui, y que son la dote de la señorita de Villemeuse, para quien yo las he guardado.

BARONESA. Habeis adivinado y cumplido, decis, las intenciones del señor duque de Villemeuse acerca de su hija Luisa?

DOC. Tengo esa noble conviccion.

BARONESA. Pues bien, yo traigo su testamento...

DOC. Mostradmele, señora. Que puede dar á su hija que yo no la haya dado ya? Ah! os prometo no estorbar su egecucion!

BARONESA. Lo prometeis?

DOC. Lo juro delante de todos los que me escu-

chan.

BARONESA. Lo habeis oido? Pues bien, el señor duque de Villemeuse, que lega todos sus bienes á la señorita Luisa, la impone, al dejárselos, una obligacion sagrada, inviolable.

DOC. Y cuál es esa obligacion?

BARONESA. Que Luisa de Villemeuse... Oidme todos; si, contra toda esperanza llega á ser hallada, se casará con mi hijo Raoul.

DOC. Raoul!

BARONESA. Que no podrá, es verdad, titularse duque de Villemeuse no casándose con Luisa, de quien soy nombrada tutora por este mismo testamento que habeis jurado respetar.

CON. (*ap.*) Me confieso incapaz.

ART. (*bajo á Gabriela.*) Madre mia, habeis oido?

DOC. (*volviendo el testamento á la baronesa.*) Señora, sois la misma fatalidad.

BARONESA. Me juzgais muy mal.

DOC. Pero señora...

BARONESA. Mañana, Raoul, desposará á su prima, la señorita de Villemeuse.

DOC. Ni mañana, ni nunca; ese matrimonio no se hará, señora.

BARONESA. Y por qué, si él os agrada?

DOC. Porque ese matrimonio... (*todos rodean al doctor.*) porque ese matrimonio... (*ap.*) Para impedirle es necesario confesar que he faltado, de una manera odiosa, á mi honor; y soy en este momento el hombre honrado que representa á la patria!

GAB. Hablad!

CON. (*ap.*) Qué vá á decir?

BARONESA. Y bien, señor?

DOC. Porque yo no quiero que se haga.

BARONESA. Olvidais, doctor, que hace un instante que me habeis recibido en el castillo de Villemeuse, que es mio, aunque vos me le hayais usurpado? Venid, Raoul; venid, señor conde; y vos mi amada sobrina.

JUL. (*quiere ampararse del doctor y de Gabriela; la baronesa la coge y se la lleva.*) Salvadme! salvadme! (*vanse todos menos el doctor y Gabriela.*)

ESCENA II.

GABRIELA, EL DOCTOR.

DOC. Si, es necesario salvarla; ese matrimonio seria su muerte!

GAB. Y la muerte de Arturo.

DOC. Pero cómo destruir ese proyecto concebido con la mas infernal habilidad? No hay ningun medio. Vos llorais; pero vuestras lágrimas no le salvarán.

GAB. (*ap.*) No se trata ya de darle un nombre, sino la vida. (*alto.*) Amigo mio, mi conciencia me acusa, está manchada.

DOC. Vuestra conciencia, Gabriela? Vos! (*ap.*) Si viera ella lo que guardo en el fondo de la mia!

GAB. Hace dos años, que le contengo, que ahogo ese grito; al fin se me ha escapado.

DOC. Hablad!

GAB. Tengo un secreto aqui, en el corazon; el secreto de mi vida entera!

DOC. Decidle, si debe impedir ese funesto matrimonio, decidle pronto, Gabriela.

GAB. Debiera morir de vergüenza á vuestros pies al revelarlo, pero le sabreis, porque de él depende la suerte de Arturo... mañana seria demasiado tarde. Sea mi hermana castigada por su implacable orgullo!

DOC. Hablad pronto! Vamos, un esfuerzo de valor sobre vos misma.

GAB. Pues bien. Arturo no es hijo mio!

DOC. No es hijo vuestro! Pero entonces... lo pasado... aquella revelacion terrible en casa de la baronesa?..

GAB. El honor de mi hermana se hallaba en peligro; sobre su hijo estaba levantada la espada del baron de Villemeuse.—Vos lo sabeis, estabais alli!—Por salvar á mi hermana y á su hijo, dige que lo era mio, y tomé sobre mi la deshonra de mi hermana. Perdonadme el haber amargado vuestra vida con una mentira.

DOC. Oh! cuanto habeis amado á vuestra hermana! Mas que á mi, mas que á vos misma!.. Pero eso es bello, es magnífico, es sublime! Perdonaros! Yo que quisiera elevarme á la altura de vuestro sacrificio, bello como el martirio! Pero que placer desconocido penetra en mi, y del que vos participais? Si, lo veo en la espresion celeste de vuestras miradas, nosotros no nos hemos olvidado mas que un instante para cuidar de esos desgraciados jóvenes; á quienes es necesario no hacer sufrir como nosotros hemos sufrido. Teneis un testimonio, una prueba de que la baronesa es la madre de Arturo?

GAB. Esa prueba, yo la tenia, pero la he roto hace poco delante de vos, en un momento de estravio.

DOC. Qué habeis hecho, Gabriela?

GAB. Lo he perdido todo, lo sé; pero es necesario, decid, que yo vaya publicando ahora, en defecto de esa prueba, que ese infeliz, que Arturo es hijo de mi hermana? Pensais que el deshonor de esta publicacion obtenga de ella lo que mis ruegos no han podido alcanzar?

DOC. Oh! no conseguireis nada. Raoul, su favorito, no dejaria por eso de ser el esposo de Julia! Pero, no, no lo será!.. Oh! poderlo hacer, y no impedir una impostura, un crimen, porque Raoul, ese hijo de la baronesa de Villemeuse...

GAB. Y bien... hablad!

DOC. (*despues de una pausa.*) Asesinadme antes; si... he recibido cien mil francos por mi complicidad...

GAB. Vuestra razon se pierde... hablais de Raoul.

DOC. Es el honor lo que he perdido... El que me ha dado ese oro ha muerto. Duerme en el sueño eterno sobre la fé de mi providad, de mi honra. Una palabra mia puede cambiar la suerte de Arturo, la de nuestra querida Julia; confundir á la baronesa, acusarla, hundirla bajo su mismo triunfo; pero decir esa palabra es mentir, es vender un juramento hecho de un vivo, y guardado por los labios de un muerto, que solo Dios tiene derecho de abrir.

ESCENA III.

Los mismos, LUCAS.

LUC. Señor... señorita Gabriela...

)oc. Que hay, amigo mio.
.uc. Vengo del cuarto de la señora de Villemeuse... me ha mandado llamar para decirme...
)oc. Acaba!
.uc. Que el castillo es de ella desde ahora, y os suplica á los dos...
)oc. La señora baronesa nos echa!.. Está en su derecho, pero esta precipitacion, esta órden inesperada en medio de la noche? Dejar á Julia en su poder?.. No puedo llevarla conmigo, no tengo mas que un derecho sobre ella... Qué desventura tan terrible nos amenaza!.. Cómo impedirla? Me esperan en Paris; mi deber me llama alli; tengo que dar cuenta de mi comision; faltar á este deber, es hacerme de nuevo sospechoso, es casi una traicion... Y bien! parto; voy á Paris, corro al palacio del Directorio... diré en dos palabras lo que he hecho... Voy en seguida á mi casa... alli cojo el título que necesito para probar que Raoul... que yo soy un infame... Rogad á Dios, Gabriela, que yo no vuelva jamás. (*vase por un lado, Gabriela por el otro.*)
.uc. (*solo.*) Ahora vamos á comunicar á las demás personas que están en el castillo las órdenes de la señora baronesa.

ESCENA IV.

.a Baronesa de Villemeuse, Raoul, el Conde de Star, Julia.

.aronesa. (*á Lucas.*) El señor Andrés ha partido?
.c. Si, señora, saldrá al momento del castillo.
.aronesa. (*despues de haber hecho seña á Lucas de que se retire.*) Nosotros vamos á partir tambien.
.l. Partir!
.n. (*bajo á la baronesa.*) La silla de postas está esperando. Daos prisa!
.l. He oido bien?
.aronesa. Qué hay pues en este viage que os asombre?
.l. Oh! señora, no me lleveis.
.aronesa. En verdad, mi querida sobrina, vuestros temores, vuestra frialdad son inesplicables. No estareis ausente de este castillo mas que algunas horas.
.l. Pero por qué alejarme de él? Què motivó?..
.aronesa. Uno muy simple, pero muy legítimo. Vais á celebrar esta misma noche vuestro matrimonio con mi hijo Raoul, en la capilla del castillo de Clarac, á algunas leguas de aqui.
.l. Mi matrimonio! Esta noche, sin que el señor Andrés esté presente?
.aronesa. Qué importa la ausencia del señor Andrés?
.. Pero, señora, eso es una violencia!
.aronesa. Delirais? Nosotros no hacemos mas que cumplir la voluntad de vuestro noble padre, el duque de Villemeuse; que debe seos tan sagrada como á nosotros. La sabeis...
.oul. Espero, mi querida prima, no haceros sentir jamás el haberla obedecido.
.. Me hallo sola aqui, sin apoyo, sin protector, y quieren obligarme...
.aronesa. Mi querida sobrina! Dentro de un instante volveré por vos.

ESCENA V.

Raoul, Julia.

Raoul. Señorita, serenad vuestra emocion.
Jul. Ah! Quieren casarnos, y eso no puede ser.
Raoul. Siento sin duda que el tiempo tan corto que hace nos tratamos, no os haya permitido conocerme mejor.
Jul. Conozco vuestro nacimiento, vuestro rango, pero ..
Raoul. Pero no me amais. Esa es culpa mia y no vuestra. Si vos quereis, haré cuanto os agrade para alcanzar vuestro cariño.
Jul. Amo á otro. Le amo con todo mi corazon...
Raoul. Basta, señorita. Puesto que con tanta franqueza me manifestais vuestra resolucion de no llevar mi nombre, debo respetar vuestra voluntad.
Jul. Recibid, señor, mi agradecimiento por tan noble accion!
Raoul. Si, aunque con gran dolor, cedo á vuestro deseo; pero mi madre, cuyos proyectos destruis, se irritará al saber vuestra decidida resolucion; pensadlo bien. Ella es absoluta en su autoridad. Es necesario prudencia para que no conozca...
Jul. Aconsejadme, vos que sois tan bueno!
Raoul. Es necesario engañarla.
Jul. Engañarla! Y cómo?
Raoul. Vuestros amigos han marchado del castillo. El doctor Andrés, vuestra tia Gabriela, y el señor Arturo acaban de partir. Os hallais sola...
Jul. Sola!
Raoul. Aunque vuestros amigos se halláran aqui, no os servirian de nada contra los criados del conde de Star, numerosos, resueltos, y destinados para escoltarnos hasta el castillo de Clarac.
Jul. Pero entonces...
Raoul. Subid con nosotros en el coche, no opongais ninguna resistencia. El cochero, uno de mis antiguos criados, me está enteramente sometido. Yo le advertiré, que en lugar de conducirnos al castillo de Clarac, se pierda en las muchas encrucijadas de los inmensos bosques que rodean el castillo de Villemeuse, y se estienden hasta las murallas de Paris, á donde llegaremos hoy mismo.
Jul. Entonces me habreis salvado!
Raoul. Ahora venid; mi madre nos espera. (*queriendo llevarse á Julia.*)
Art. (*apareciendo en el foro.*) No, deteneos!

ESCENA VI.

Los mismos, Arturo.

Raoul. Ah! estabais ahí!
Art. Si, y por dos de vuestros criados he sabido que Julia iba á caer en un lazo infame.
Jul. Oh! Dios mio! somos perdidos.
Art. Retiraos. Id á buscar á la señorita Gabriela, y esperadme las dos. No os separeis!
Jul. Terrible noche! (*vase.*)

ESCENA VII.

RAOUL, ARTURO.

RAOUL. Siempre os he de hallar en mi camino? Una fatalidad os trae aqui.
ART. Por la última vez.
RAOUL. Esa joven es mi fortuna, mi título, mi ambicion, y venis á disputármela en el momento mismo en que la creia mia. Os pedí vuestro título esta mañana para batirme con vos. No le busqueis; teneis uno: sois amado de la señorita Julia.
ART. Ah! he podido al fin hallar vuestro corazon, no es verdad? (*van á salir, el conde los detiene.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, EL CONDE DE STAR.

CON. Sin testigos? señores!
ART. Qué necesidad hay de testigos?
RAOUL. Sedlo mio, conde de Star.
ART. (*al conde.*) Encargaos tambien de buscar el mio, puesto que es necesario.
CON. Acepto ese doble honor.
RAOUL. (*á Arturo.*) El sitio?
CON. Me corresponde como testigo el designarlo.
ART. El sitio donde nadie pueda hallarnos.
CON. Confiad en mi.
ART. Las armas?
RAOUL. La espada para empezar y la pistola para concluir. La hora?
ART. Ahora mismo.
CON. No. Quiero una hora de tiempo para reunir los testigos y arreglar las condiciones del duelo. Son las diez; á las once iré á buscaros. Os batireis con luz tan clara como la del dia. Cada uno de vosotros será advertido del parage donde ha de ir. A las once pues...
ART. Hasta las once. (*vase.*)
RAOUL. Hasta las once. (*vase por el otro lado.*)
CON. Las cosas se preparan absolutamente de la misma manera que yo deseaba; acabarán como las he preparado. Nada de desafio, dige, mientras yo no sea testigo... ya lo soy.

ESCENA IX.

LA BARONESA, EL CONDE.

BARONESA. Por qué esta tardanza? Qué esperais para partir?.. Pero y mi sobrina, y mi hijo?
CON. No marchamos ya.
BARONESA. Que no marchamos, decis?
CON. El viage ha sido reemplazado por un duelo.
BARONESA. Un duelo!
CON. Un duelo á muerto entre Raoul y el joven á quien ama vuestra sobrina.
BARONESA. Cielos! y si mi hijo llega á ser muerto?
CON. Raoul vivirá!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa un salon del castillo de Villemeuse, desde donde se ve, por tres puertas góticas con vidrieras, la de el medio practicable, la capilla de nuestra señora de los Abismos, en la sima de una montaña. Detrás de las puertas del foro, habrá una galeria corrida de derecha á izquierda.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA, JULIA.

GAB. Qué teneis? Venis pálida, temblando, buscarme en medio de la noche.
JUL. Ah! señora, si supierais...
GAB. Ya os comprendo, han querido llevaros
JUL. Si... á no ser por el señor Arturo ya estaria yo lejos de aqui.
GAB. Y dónde se halla Arturo?
JUL. No lo sé, y eso me hace temblar.
GAB. Hablad!
JUL. Me dijo que vendria á buscarnos.
GAB. Al momento..
JUL. Me he detenido en esa galeria, donde he podido oir...
GAB. Qué?
JUL. Amenazas horribles.
GAB. Amenazas?
JUL. Hablaban con ira de venganzas, de armas.
GAB. Pero quién?
JUL. El señor Raoul, el conde de Star y Arturo
GAB. Proseguid!
JUL. El terror me desvaneció; caí desmayada cuando volvi en mi...
GAB. Entonces?..
JUL. Ya no vi mas ni Arturo, ni al señor Raoul pero el conde de Star...
GAB. Quién es el conde de Star? Le conoceis vos
JUL. No, señora.
GAB. Acabad. Ese conde de Star, deciais...
JUL. Hablaba con dos ó tres hombres; pero hablaban tan de prisa, tan misteriosamente y tan bajo, que no pude oir en medio de mi temor, mas que estas palabras. La cita es á las once. «Pero, añadió, comprendedme bien «y no olvideis lo que os digo. Voy en este «momento á dar contraorden á el uno de los «dos jóvenes, voy á decirle que el duelo no «se verificará á las once, sino á las diez y «media. Asi en lugar de ir juntos, irán separados.»
GAB. Eso es una trama contra uno de los dos
JUL. Aun dijo mas el conde. «Con el que vaya «el primero, es con el que teneis que hacer «A las diez y media, en cuanto aparezca...» Pronunció lo demas tan bajo, que no me fué posible oirlo.
GAB. Es un atentado horrible que preparan, que van á consumar.
JUL. En fin, el conde y aquellos tres hombres salieron de la sala, y pasaron en medio de las sombras, cerca de mi. En seguida, recogiendo mis fuerzas, he podido llegar á vuestro lado.
GAB. Eso es una trama horrible, es mas que un

duelo, es una traicion espantosa... Quién nos iluminaria, Dios mio? Ah! corramos á casa de mi hermana! Aqui viene.

ESCENA II.

Los mismos, LA BARONESA.

GAB. Venid! sabeis lo que pasa aqui? Se habla de un duelo... Qué sabeis de él?

BARONESA. Estoy horrorizada como tú... Ese duelo... Pero no temas nada por mi hijo; tranquilizate. El conde de Star está con él, y me ha dicho...

GAB. Qué te ha dicho?

BARONESA. Qué mi hijo vivirá!

GAB. (*á Julia.*) Dejadnos. (*vase Julia.*) Sabes tú con quién se bate Raoul en este momento?

BARONESA. Con su enemigo, con su rival, con el...

GAB. Con su hermano, con tu hijo!

BARONESA. Qué dices? Ese jóven es Arturo?.. Oh! eso no es posible.

GAB. Es tu hijo.

BARONESA. Gabriela, me haces estremecer... Mi hijo! Los dos hermanos!.. El uno vá á partir el corazon del otro... No! no! eso es imposible. Tú me hubieras dicho que Arturo estaba aqui... no me has dicho nada... Desventurada! es demasiado verdad; si, lo veo en el terror de tu semblente: por qué no me lo has dicho?

GAB. Oh! escelente madre! Pero tu corazon, tus labios, tus manos le rechazaban aun esta mañana!

BARONESA. Malditos sean mis labios y mi corazon! Ah! y pudistes creerlo? Puedes creer que una madre sea capaz de rechazar á su hijo? Espantosa idea! Qué hacer ahora? Habla! aconséjame!

GAB. Es necesario salvarle.

BARONESA. Si.

GAB. Llamar gente, mucha gente. (*la baronesa toca una campanilla.*) Hacer que corran á buscarlos.

BARONESA. Si, si. (*toca otra vez.*) Nadie viene. (*corre frenéticamente gritando en todas las puertas.*) Oh! socorro. Dios mio todo está desierto, mudo, silencioso en este castillo!

GAB. Tú has echado á todos de aqui para que no pudiera llevársele ningun socorro. Si, eres una infame!

BARONESA. Es verdad!.. Pero no, Gabriela, no he sido yo; ha sido el conde de Star quien ha arrojado á todos del castillo... Gabriela, ten piedad de mi!

GAB. Pero ven, ven tú misma conmigo; nosotras le hallaremos... puesto que estamos solas... ya que el doctor no viene... ya que Dios nos abandona.

BARONESA. A dónde quieres que vayamos? Guíame y yo te seguiré.

GAB. Sabes dónde podremos hallarlos?

BARONESA. No lo sé, te lo juro.

GAB. Tú debes saberlo.

BARONESA. Por el alma de nuestra madre, que no sé mas que lo que el conde de Star me ha dicho?

GAB. Siempre el conde de Star! Qué te ha dicho?

BARONESA.. Que cuando yo le viera aparecer...

GAB. Y bien?..

BARONESA. Era señal de que mi hijo no corria ningun peligro.

GAB. Desventurada! Eso quiere decir que Arturo, tu hijo tambien, será asesinado!

GAB. (*dirigiéndose á la galeria.*) El doctor Andrés! Dios no nos ha abandonado aun! Apenas puede subir... Pobre doctor! ya está aqui.

ESCENA III.

LA BARONESA, GABRIELA, EL DOCTOR.

GAB. No sabeis que están asesinando á Arturo en este momento?

DOC. Asesinando á Arturo, decis?

GAB. Si, se está batiendo con Raoul... Pero, no, eso era un pretesto, una mentira... Tal vez le han muerto ya.

DOC. (*á la baronesa.*) Entonces, llorad, señora, llorad todas vuestras lágrimas, porque ya no teneis ningun hijo; Raoul no lo es vuestro.

BARONESA. Raoul, no es hijo mio! Qué habeis dicho?

GAB. Ah! Ese era el terrible secreto...

DOC. Mirad; leed pronto esas lineas, escritas por el baron de Villemeuse hace veinte años.

BARONESA. (*lee.*) Qué veo?.. Oh! Dios mio! es posible? Esto es verdad?

DOC. Es verdad, señora; como lo es tambien que hay uno que me pedirá cuenta allá arriba de mi traicion, y delante de vos un hombre perjuro por hacer la felicidad de vuestro hijo.

BARONESA. Pero yo lo he muerto, yo, su madre? Ah! eso es una horrible crueldad. La sangre se me agolpa en el corazon, en la frente; me ahoga, me ciega. Gabriela, doctor, por mis dolores, por mis tormentos; en nombre de la piedad, si la merezco aun, salvad á mi Arturo.

DOC. Y cómo salvarle, señora? La hora de su asesinato vá á sonar, y delante de nosotros hay un bosque mas sombrio que la noche.

BARONESA. Maldecidme! asesinadme! pero salvadle! Teneis razon, el conde de Star es un asesino. Vosotros le conociais bien. Va á degollar á mi hijo, al que no he abrazado nunca.

DOC. Oh! qué hacer? dónde ir? Cada paso, en vez de acercarme al lugar de la muerte, puede alejarme de él. Teneis algun indicio?.. Iré, correré, á pesar de mi debilidad... (*aparece una luz en la capilla.*)

GAB. (*al doctor.*) Ah! veis aquella luz?

DOC. Es la de nuestra señora de los Abismos.

GAB. Será la señal dada á Arturo; la encenderán para matarle...

DOC. Qué habeis dicho?

GAB. Mi corazon... Dios mio!

DOC. Corro allí.

GAB. Si, corred... pero... pronto!

BARONESA. Por piedad!.. está lejos de aqui?

DOC. Mi caballo está aun á la puerta!

BARONESA. Llegareis demasiado tarde; no hallareis mas que un cadáver!

DOC. Dejaré dos, señora; el de Arturo y el de el conde de Star. (*vase el doctor. Gabriela y la baronesa le acompañan hasta la puerta y se quedan sobre el terraplen.*)

GAB. Qué nuestras miradas le acompañen!

BARONESA. Ya ha bajado.
GAB. Ya monta á caballo...
BARONESA. Se aleja... ya no le veo mas.
GAB. Ya está lejos; el ruido ha cesado.
BARONESA. Haz que llegue á tiempo, Dios mio!

ESCENA IV.

Los mismos, JULIA, *subiendo repentinamente las gradas.*

JUL. Escuchadme! escuchadme!
BARONESA. Qué sabes?
GAB. Dilo pronto.
JUL. Vengo de el bosque, lo he visto todo.
BARONESA. Y bien!
JUL. Dos hombres armados y escondidos detrás de una peña hablaban bajo.
BARONESA. Mas aprisa! mas aprisa!
JUL. «A las diez y media, decian, debia venir «el que esperamos; las once han dado hace «tiempo, y nadie ha venido.»
BARONESA. Era á Arturo, era á mi hijo á quien esperaban.
JUL. Escuché, sentí que alguno llegaba... Lancé un grito, mi voz se perdió entre el ruido de muchos golpes de espadas... (*aparece el conde.*)
BARONESA. Ah! mi hijo es muerto! (*Gabriela coge al conde de Star por un brazo, la baronesa por el otro, y las dos le interrogan con una mirada terrible. Silencio prolongado.*) Que habeis hecho de Arturo?
CON. Señora...
GAB. Dónde está Arturo?
BARONESA. Ah! estais manchado de sangre, la sangre de mi hijo! Oh! esto es horrible!
GAB. Hablad! pero hablad pronto!
ART. (*dentro.*) Madre mia! madre mia!
BARONESA. Esa voz!
GAB. (*arrojándose al cuello de Arturo.*) Arturo!
BARONESA. Algun milagro del cielo, Dios mio!
GAB. Arturo, abraza á tu madre! (*señalando á la baronesa.*)
ART. Mi madre; ah! madre mia!
BARONESA. (*cayendo en sus brazos.*) Hijo mio!
DOC. (*sale y se arroja en los brazos de Gabriela.*) Gabriela!
BARONESA. Pero como has podido salvarte?
ART. Entré á arrogar á Dios en la capilla de Nuestra señora de los Abismos, y mi ruego ha sido tan ferviente, que degé pasar la hora. El que se presentó para saber si me habian asesinado, fué su duda atacado por los asesinos.
DOC. (*señalando al conde.*) Y era ese.

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1847.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.